

# LA GLORIA DEL MINISTERIO



## **El júbilo de Pablo en la predicación**

A. T. Robertson  
(editado por Alex Donnelly)

## **CONTENIDO**

|                                                                              |    |
|------------------------------------------------------------------------------|----|
| Prefacio                                                                     | 2  |
| 1. Una nueva perspectiva frente al desaliento ministerial (2 Co. 2:12 – 3:6) | 3  |
| 2. La gloria que perece (2 Co. 3:7 – 16)                                     | 15 |
| 3. Con cara descubierta (2 Co. 3:17 - 4:3)                                   | 27 |
| 4. La luz en el rostro de Jesús (2 Co. 4:4 – 6)                              | 36 |
| 5. El tesoro en vasos de barro (2 Co. 4:7 – 15)                              | 43 |
| 6. El peso de gloria (2 Co. 4:16 – 5:8)                                      | 51 |
| 7. La pasión del predicador (2 Co. 5:9 – 21)                                 | 62 |
| 8. En gloria y deshonra (2 Co. 6:1 – 10)                                     | 74 |

## Prefacio

Esta obra es un resumen del libro de Archibald Thomas Robertson, publicado en inglés en 1911 con el título: *The Glory of the Ministry: Paul's exultation in preaching*. A. T. Robertson fue un profesor bautista de los EE. UU. Dedicó su vida al estudio de la Biblia y a la preparación de pastores y predicadores. Escribió muchos libros; entre ellos, varios comentarios bíblicos. Quizá el libro más conocido es *Imágenes Verbales del Nuevo Testamento*.

En esta obra, Robertson analiza 2 Corintios 2:14 – 6:10, exponiendo aspectos sumamente prácticos del ministerio de la predicación. Comienza con una reconstrucción histórica minuciosa de la mayor crisis que Pablo tuvo como apóstol. Esa crisis inspiró a Pablo a describir la gloria del ministerio cristiano, y deja notar el júbilo que Pablo sintió al ser embajador de Cristo.

Luego de leer el libro original, sentí que es una obra que merece ser conocida en el mundo hispano. Animo a todos aquellos que se dedican a predicar la Palabra de Dios, a meditar sobre las enseñanzas prácticas que encontrarán en este libro. El autor capta la riqueza espiritual de la experiencia y la sabiduría de uno de los grandes siervos de Dios.

Pastor Alex Donnelly  
Trujillo, diciembre 2022

## UNA NUEVA PERSPECTIVA FRENTE AL DESALIENTO MINISTERIAL

*"<sup>12</sup> Cuando llegué a Troas para predicar el evangelio de Cristo, aunque se me abrió puerta en el Señor, <sup>13</sup> no tuve reposo en mi espíritu, por no haber hallado a mi hermano Tito; así, despidiéndome de ellos, partí para Macedonia. <sup>14</sup> Mas a Dios gracias, el cual nos lleva siempre en triunfo en Cristo Jesús, y por medio de nosotros manifiesta en todo lugar el olor de su conocimiento. <sup>15</sup> Porque para Dios somos grato olor de Cristo en los que se salvan, y en los que se pierden; <sup>16</sup> a estos ciertamente olor de muerte para muerte, y a aquellos olor de vida para vida. Y para estas cosas, ¿quién es suficiente? <sup>17</sup> Pues no somos como muchos, que medran falsificando la palabra de Dios, sino que con sinceridad, como de parte de Dios, y delante de Dios, hablamos en Cristo.*

**3** *¿Comenzamos otra vez a recomendarnos a nosotros mismos? ¿O tenemos necesidad, como algunos, de cartas de recomendación para vosotros, o de recomendación de vosotros? <sup>2</sup> Nuestras cartas sois vosotros, escritas en nuestros corazones, conocidas y leídas por todos los hombres; <sup>3</sup> siendo manifiesto que sois carta de Cristo expedida por nosotros, escrita no con tinta, sino con el Espíritu del Dios vivo; no en tablas de piedra, sino en tablas de carne del corazón. <sup>4</sup> Y tal confianza tenemos mediante Cristo para con Dios; <sup>5</sup> no que seamos competentes por nosotros mismos para pensar algo como de nosotros mismos, sino que nuestra competencia proviene de Dios, <sup>6</sup> el cual asimismo nos hizo ministros competentes de un nuevo pacto, no de la letra, sino del espíritu; porque la letra mata, mas el espíritu vivifica".*

### **2 Corintios 2:12 – 3:6**

Uno de los momentos más difíciles en el ministerio del apóstol Pablo surgió cuando emprendió su tercer viaje misionero. Estaba sirviendo al Señor en Éfeso (Hch. 18:18 – 19:22), cuando le llegó

un reporte de serios problemas en la iglesia en Corinto. Pablo había fundado la iglesia en esa ciudad al fin del segundo viaje misionero (Hch. 18:1-18), y sentía un gran afecto por los hermanos allí. Primero escribió una carta desde la ciudad de Éfeso (1 Co. 16:8-9), con el fin de poner fin a los problemas. Esa carta la conocemos como 1 Corintios. Luego le situación empeoró, y el apóstol tuvo que redactar una segunda carta. Para entender lo que le preocupaba a Pablo tenemos que hacer una reconstrucción histórica de los eventos que culminaron en el envío de 2 Corintios.

## **La crisis en Corinto**

Pablo se consideraba el 'padre' espiritual de la congregación (1 Co. 4:15). Corinto era una ciudad con mucho potencial y la población estaba más abierta al evangelio que en Atenas. Por eso Pablo se quedó casi dos años en Corinto y muchos se convirtieron, incluyendo personas importantes como Crispo, el "*principal de la sinagoga*" (Hch. 18:8). Lamentablemente, una serie de dificultades afectaron a la iglesia a tal punto que Pablo comenzó a pensar que su obra había sido en vano. No hay nada más desalentador para el siervo del Señor que ver que la obra que ha hecho se desvanece cuando se retira del lugar donde trabajó tanto. Diariamente, Pablo sentía la carga de todas las iglesias (2 Co. 11:28). Aunque exhortó a los hermanos en Filipos a no estar ansiosos por nada (Fil. 4:6), él mismo confiesa que la "*preocupación*" de las congregaciones cargaba su alma.

Ninguna iglesia le preocupaba tanto como la de Corinto. Pues, por un lado, era una congregación atestada de ministerios y dones espirituales (1 Co. 1:4-7). Sin embargo, esa misma riqueza espiritual generó divisiones entre los miembros. Lo triste es que las divisiones se manifestaban hasta en la Santa Cena. El cuerpo de Cristo estaba lacerado por contiendas (1 Co. 1:10-11). Apolos visitó a la iglesia (Hch. 18:27 - 19:1), pero después rehusó volver, a pesar de los muchos ruegos de Pablo al respecto (1 Co. 16:12).

Fue cuando Pablo estaba trabajando en Éfeso que algunos integrantes de la familia de Cloé le informaron de las divisiones en Corinto (1 Co. 1:11). Los judaizantes, cuyas insistencias fueron silenciadas en el concilio de Jerusalén (Hch. 15), aprovecharon la ausencia del apóstol para visitar la ciudad de Corinto y sembrar discordia entre la membresía. Ellos afirmaron que seguían las enseñanzas del apóstol Pedro, y que él era más confiable que Pablo, siendo el fundador de la Iglesia y alguien que pasó tres años con el Señor. De esta manera, asuntos doctrinales se mezclaron con temas personales, para generar mucha envidia y celos en Corinto.

Muy aparte de esto, la iglesia toleraba los peores pecados (1 Co. 5). Los miembros se enjuiciaban los unos a los otros ante los jueces de la ciudad (1 Co. 6:1-11). Había abusos en los matrimonios (1 Co. 7), y discusiones fuertes acerca del consumo de la carne que se compraba en el mercado (1 Co. 8, 10). Algunos se apartaron tanto del evangelio que llegaron a negar la resurrección (1 Co. 15). Tal es así, que entre las divisiones y el pecado el recolectar provisiones para los pobres en Judea pasó al olvido (1 Co. 16:1; 2 Co. 8-9). La situación en Corinto quebrantó el corazón de Pablo. No soportaba ver a sus hijos espirituales comportarse de esta manera.

Con valentía y esfuerzo, Pablo reaccionó enviando una carta, que ahora se ha perdido, dando a los integrantes de la iglesia en Corinto algunas recomendaciones (1 Co. 5:9, 11). Luego se despidió de Timoteo, enviándolo a Corinto (1 Co. 4:17). Lamentablemente, a pesar de las recomendaciones de Pablo, Timoteo no pudo hacer mucho para mejorar la situación en la iglesia. Quizá estaban molestos de que Pablo mismo no les había visitado, aunque él explica que no lo hizo porque quería evitar llegar con una “vara” para poner orden en la iglesia (1 Co. 4:18-21). El informe de Timoteo acerca de la situación en Corinto preocupó al apóstol mucho más.

## **La determinación de visitar a Corinto**

Inicialmente, el plan de Pablo era concluir su ministerio en Éfeso, y luego pasar por Corinto en su viaje hacia Macedonia, volviendo a visitar a Corinto en su viaje de retorno a Asia (2 Co. 1:15-16). Al final, el apóstol tuvo que cambiar sus planes; lo hizo *"por ser indulgente"* con ellos (2 Co. 1:23). Como él mismo aclaró, no quería llegar *"con tristeza"* (2 Co. 2:1) y tener que *"llorar por muchos de los que antes han pecado, y no se han arrepentido de la inmundicia y fornicación y lascivia que han cometido"* (2 Co. 12:21). El problema fue que al hacer este cambio de itinerario Pablo se expuso a la acusación de ser ligero en sus planes y ser una persona poco confiable. Es impresionante como el apóstol prefirió que los creyentes en Corinto pensaran mal de él, antes que llegar a ellos lleno de indignación espiritual (2 Co. 1:17). Como un buen padre, prefirió que sus hijos pensaran mal de él, a tener que maltratarlos de alguna manera y hacerles doler con su firmeza (ver 2 Co. 10:1-2, 8-10).

Mientras Pablo reflexionaba sobre qué hacer, una delegación llegó a Éfeso desde Corinto, compuesto por Estéfanos, Fortunato y Acaico (1 Co. 16:17). Esto motivó a Pablo a escribir su *"poderosa"* carta – 1 Corintios. Cuando Timoteo volvió de Corinto, Pablo envió a Tito, quien tenía un carácter más fuerte. Al parecer, Tito iba a volver a Asia vía Macedonia, para alcanzar a Pablo en Troas (2 Co. 2:12-13). Por su parte, Pablo planeaba quedar en Éfeso hasta Pentecostés, antes de ir a Macedonia y luego llegar a Corinto (1 Co. 16:5-8).

Lamentablemente, los mejores planes humanos a veces sufren de cambios. Inesperadamente, Pablo se enfermó gravemente en Éfeso casi a punto de morir (2 Co. 1:8-9). ¡Con razón pudo hablar elocuentemente de la muerte (2 Co. 4-5)! En medio de tanta debilidad física, los problemas diarios de las iglesias en Asia, sumada la preocupación que sentía por los hermanos en Corinto, fueron agobiantes. Para colmo, ocurrió un disturbio en Éfeso. Los plateros se levantaron para protestar enérgicamente por el crecimiento numérico de los cristianos en esa ciudad, lo cual estaba afectando su negocio (Hch. 19:23-41). No hallaron a Pablo, quizá por su enfermedad, pero se apoderaron de dos compañeros suyos – Gayo y Aristarco (Hch. 19:29). Al darse cuenta de lo que estaba pasando, Pablo quiso ir al encuentro de

la gente y hablar con ellos, pero sus hermanos en la fe lo disuadieron. Después del alboroto, Pablo sintió que era peligroso quedar en Éfeso, así que adelantó sus planes y *"salió para ir a Macedonia"* (Hch. 20:1). La pregunta que cargaba su corazón era: ¿sería bienvenido en Corinto?

Pablo llegó a Troas con la intención de predicar el evangelio (2 Co. 2:12). Se encontraba solo, porque había enviado a Timoteo y a Erasto a Macedonia (Hch. 19:22), y Tito aún no llegaba de Corinto. Es interesante recordar que años antes, Pablo tuvo el *"llamado macedónico"* precisamente en Troas, donde también tomó contacto con Lucas (Hch. 16:8-10). En esa ocasión Pablo no pudo desarrollar un ministerio en Troas, pero ahora deseaba hacerlo; anhelaba predicar el evangelio en la ciudad. El momento era favorable, porque como Pablo mismo afirma: *"se me abrió puerta en el Señor"* (2 Co. 2:12). Esta expresión da a entender que personas le invitaron a predicarles el evangelio. Sin embargo, Pablo no estaba en condiciones de hacerlo. Como confiesa con mucha honestidad a los corintios: *"no tuve reposo en mi espíritu"* (2 Co. 2:13). El problema fue que Tito no llegó de Corinto, y Pablo tuvo una carga tan grande por la situación de la iglesia allá, que no se sintió tranquilo predicando el evangelio en Troas, a pesar de la oportunidad que se presentó. Así que, despidiéndose de las personas en Troas, partió para Macedonia, buscando encontrarse con Tito. Por otro lado, le hacía mucha falta la compañía de Lucas, tanto para restaurar su salud física así como para animarlo espiritual y emocionalmente.

La experiencia de Pablo en Troas ilustra el problema que a veces afecta a los siervos de Dios. Hay una puerta abierta para servir al Señor, pero las circunstancias son tal que nos paralizan. Obviamente, Pablo estaba bastante desanimado en Troas. Sentía que todo le iba mal. Quizá perdió, por un tiempo, el gozo del Señor. Su espíritu estaba intranquilo. Quería conocer nuevos lugares donde trabajar, pero no tenía ganas de hacerlo. Es probable que le sobrevino un sentir de 'pesadez' en la obra; que todo era un esfuerzo. Hay que reconocer que momentos así son peligrosos para el siervo de Dios, porque es muy fácil caer en la trampa de criticar al Señor y acusarlo de maltratarnos, como Sus



siervos. También podemos magnificar los problemas y exagerar las dificultades en el ministerio.

Lo bueno de Pablo fue que a pesar de todo lo que estaba viviendo, no renunció al ministerio. Por medio de su testimonio personal y también por lo que escribió en 1 Corintios 9, Pablo demostró que no estaba en la obra por el dinero. Sabía que tenía el derecho de vivir del evangelio, pero optó por negarse ese derecho, y en Corinto suplió sus propias necesidades, confeccionando carpas (Hch. 18:3ss). A veces "abusaba" de otras iglesias, recibiendo dinero de ellos, para poder ministrar en Corinto; y a pesar de eso, algunos creyentes en Corinto acusaron a Pablo de haber enviado a Tito para recoger dinero para sí mismo (2 Co. 12:16-19). Él soportó estas acusaciones y muchas más, pero nunca se le ocurrió renunciar al apostolado. No obstante, como acabamos de notar, es importante reconocer que había momentos en que Pablo estaba muy desanimado en la obra.

## **El viaje sombrío a Macedonia**

Despidiéndose de los hermanos en Troas, Pablo por fin emprendió su viaje a Macedonia (2 Co. 2:13). Fue un viaje triste y se encontraba solo. Pero cuando llegó a Macedonia, lejos de sentirse mejor, Pablo confiesa: *"ningún reposo tuvo nuestro cuerpo, sino que en todo fuimos atribulados; de fuera, conflictos; de dentro, temores"* (2 Co. 7:5). El apóstol no ofrece mayores detalles, pero quizá en el camino se encontró con algunos 'enemigos' o 'contrincantes', o simplemente tuvo complicaciones en cuanto a su salud. Por dentro, estaba lleno de temores, especialmente acerca de la obra en Corinto. Había iniciado la obra en esa ciudad con mucho temor (Hch. 18:9-10; 1 Co. 2:1-3), y ahora volvió a sentir lo mismo, o quizá temores más profundos todavía.

Aquí vemos el lado humano de este gran siervo de Dios. Como todos nosotros, el apóstol Pablo no era inmune al desaliento espiritual y a esos días 'grises' que se nos sobrevienen en la obra. En Macedonia Pablo "tocó fondo", como decimos; fue uno de los

períodos más difíciles en su vida ministerial. Una época en que no logró vencer el desaliento espiritual. Indudablemente, fue uno de esos días “malos”, que menciona en Efesios 6:13.

Sin embargo, la llegada de Tito alegró el corazón de Pablo. No tanto por su presencia, sino por el reporte que trajo de la iglesia en Corinto (2 Co. 7:5-11). La carta que conocemos como 1 Corinto tuvo el efecto deseado, a pesar de todas las dudas y temores de Pablo. Repentinamente, la ‘sombra’ bajo la que Pablo vivió por varios meses se disipó, y volvió a experimentar la ‘sonrisa’ de Dios en su ministerio. Con euforia, relató a los corintios lo que sintió en ese momento: *“lleno estoy de consolación; sobreabundo de gozo en todas nuestras tribulaciones”* (2 Co. 7:4). Tal fue la nobleza de Pablo, que reconoce que su alegría espiritual no se debió solo al impacto de las noticias de Corinto sobre su espíritu, sino al efecto que tuvo sobre Tito. *“Por esto hemos sido consolados en vuestra consolación; pero mucho más nos gozamos por el gozo de Tito, que haya sido confortado su espíritu por todos vosotros”* (2 Co. 7:13).

La alegría en el corazón de Pablo se debió al impacto positivo que tuvo su carta; un impacto que dio a entender que su trabajo en Corinto no había sido en vano. Que la gracia de Dios realmente obró en la vida de los corintios, y que por fin el Espíritu Santo produjo ese arrepentimiento que es una de las marcas características de Su presencia en la vida de un ser humano (2 Co. 7:8-10). También produjo otros ‘frutos’, como el deseo de mejorar su testimonio cristiano (2 Co. 7:11). Todo esto le llevó a Pablo a concluir que una visita ahora a Corinto no sería ni en vano ni difícil, porque los hermanos estarían contentos de verlo otra vez.

Con razón, en 2 Corintios 2:14, Pablo escribe: *“Mas a Dios gracias, el cual nos lleva siempre en triunfo en Cristo Jesús, y por medio de nosotros manifiesta en todo lugar el olor de Su conocimiento”*. Para entender mejor el corazón de Pablo y la importancia de lo que escribe en 2 Corintios 2:14-17, analicemos estos versículos en mayor detalle.

## La perspectiva apostólica del ministerio cristiano

¿Cómo evalúa Pablo su propio ministerio a la luz de las experiencias que vivió con relación a la iglesia en Corinto? Lo que vemos en 2 Corintios 2:14-17 no solo arroja luz sobre cómo el apóstol interpretó su experiencia ministerial, sino que nos ayuda a entender ciertos principios fundamentales del ministerio cristiano.

Hay victoria al final (v. 14a)

El siervo de Dios, a la larga, siempre disfrutará la victoria; pero no será suya, sino la de Dios. Por eso Pablo escribe: *"Mas a Dios gracias, el cual nos lleva siempre en triunfo en Cristo Jesús..."* (2 Co. 2:14). Es importante interpretar bien lo que Pablo menciona aquí, a la luz de la analogía que tenía en mente. La versión Dios Habla Hoy capta mejor el sentido de lo que Pablo quería decir: "Gracias a Dios que siempre nos lleva en el desfile victorioso de Cristo". La Nueva Traducción Viviente es mejor aún, aunque debemos reconocer que es una paráfrasis más que una traducción literal. No obstante, capta bien la analogía de Pablo: "Así que, ¡gracias a Dios!, quien nos ha hecho sus cautivos y siempre nos lleva en triunfo en el desfile victorioso de Cristo".

Aunque Pablo no lo menciona textualmente, la analogía que tenía en mente lo demanda. Pablo era un esclavo, exhibido por Dios en la marcha triunfal encabezada por Cristo, en quien los espectadores ven un trofeo más del poder del Vencedor. No sabemos si Pablo vio alguna vez una marcha triunfal en Roma, pero sabemos que dichos desfiles eran parte de la cultura del imperio romano. Cuando un general conseguía grandes victorias en el campo de batalla, a veces se le permitía ingresar a Roma montado sobre un caballo, al frente de un largo desfile militar. Primero le seguían los grandes batallones de soldados, con sus uniformes brillantes. Luego venían los trofeos de guerra, incluyendo los cautivos, vestidos en sus harapos. A veces, los más distinguidos de ellos permanecían en Roma algunos años antes de participar en dicho desfile. Por ejemplo, Vercingétorix, el

líder de los galios, fue detenido en Roma por seis años hasta que Julio Cesar pudo celebrar su marcha triunfal. Luego fue ejecutado despiadadamente.

La gran diferencia para Pablo es que, aunque él era un esclavo de Cristo, compartía la victoria del que lo conquistó. Dios permitió a Pablo pasar por momentos angustiosos, pero al final le dio la victoria. Luego de los eventos que hemos resumido anteriormente con relación a la iglesia en Corinto, el apóstol pudo percibir la victoria de Cristo, y se alegró de ser parte de la "marcha triunfal", aunque solo era un esclavo. En su mente, los 'soldados' serían los convertidos (ver 1 Co. 4:9-10).

Las palabras de Pablo deben animar a todo ministro del Señor. No importa cuán difícil sea la situación en la cual nos encontramos en la obra, al final estamos seguros de experimentar la victoria. Pero esto solo es posible para aquellos que están "en Cristo", porque Pablo afirma: *"Mas a Dios gracias, el cual nos lleva siempre en triunfo en Cristo Jesús..."*. Aparte del Señor no somos nada, no podemos lograr nada, y no podremos disfrutar el gozo de la victoria espiritual en el ministerio. El gozo del que Pablo habla es el que viene a los que se han rendido incondicionalmente a Cristo.

#### El grato olor del incienso (vv. 14b-15)

Cuando se celebraba una de esas marchas triunfales, Roma se llenaba de la fragancia del incienso que se quemaba delante del victorioso general y a lo largo del desfile militar. Adaptando la analogía, Pablo se presenta a sí mismo y a los demás ministros del Señor como los que llevaban el incienso. Por eso escribe: *"... y por medio de nosotros manifiesta en todo lugar el olor de Su conocimiento"* (v. 14b). El conocimiento de Dios se propagaba como un olor fragante en el contexto de la marcha triunfal. Lo asombroso para Pablo era que esa fragancia se propagaba *"por medio de nosotros"*. Por supuesto, no se debía a algún mérito en los siervos de Dios, sino al hecho de que estaban cerca de Cristo, precisamente por participar en Su marcha triunfal. Había en el corazón de Pablo un profundo sentir de gratitud, al meditar sobre

el gran honor que se le confirió como predicador del evangelio, de poder esparcir el conocimiento de Dios en el camino.

En el v. 15, Pablo cambia la imagen y habla en términos de ser ellos mismos, los ministros, una fragancia "*para Dios*" (v. 15). Por estar llenos de Cristo, emitían la fragancia de Su persona delante de Dios cada vez que entraban a Su presencia. Esta es una imagen que proviene del sistema sacrificial del Antiguo Testamento (Lv. 1:9, 13, 17, etc.). La vida de un ministro de Dios destila tanta fragancia de santidad y servicio a Dios que alegra el corazón de los que lo perciben. Así, aun la persona más sencilla que participa en la marcha triunfal testificará clara y persuasivamente de Cristo.

Por supuesto, en la realidad, no todos responden favorablemente a la fragancia de Cristo. El mismo Señor fue rechazado por los fariseos y saduceos. De igual modo, Pablo descubrió que no podía agradar a todos, a pesar de que se esforzaba por adaptarse a la gente con el fin de ganar a algunos (1 Co. 9:22). Por varios meses, Pablo sentía que era mal entendido por todos. Ahora sabe mejor lo que estaba pasando. Lo importante es que, a pesar de todos esos malos entendidos, Pablo no dejó de ser un olor fragante para Dios; y eso es lo que debe alegrar el corazón de los ministros de Cristo.

#### El riesgo de predicar (vv. 15b-16)

En la vida de todo siervo de Dios hay una mezcla de gozo y tristeza, porque no todos son salvos. Sin embargo, el apóstol da a entender que Dios siempre es glorificado, "*en los que se salvan, y en los que se pierden*" (v. 15b). Pablo conocía por experiencia personal que la predicación del evangelio endurecía el corazón de los que resisten el mensaje de Dios. Él usa el participio presente – "los que estaban pereciendo". A lo que se refiere es que mientras predicaba la Palabra de Dios en la presencia de los inconversos, el mensaje del evangelio era "*olor de muerte para muerte*" (v. 16a). El aroma viene de la muerte y conlleva a la muerte. Los rabinos afirmaban que la ley de Dios era "aroma de

vida para los buenos, pero aroma de muerte para los malos". Por lo tanto, era una imagen familiar para Pablo.

Es sumamente triste para el predicador reconocer que algunos de los que escuchan su mensaje serán endurecidos y cometerán más pecado que nunca, porque rechazan el evangelio. Esta es la consecuencia penosa de la libertad humana. No obstante, hay el lado positivo, porque para los que se salvan, el mensaje de Pablo era "*olor de vida para vida*" (v. 16b). No hay nada más grato para el predicador que ver personas convertidas y transformadas por el evangelio. Un ministerio en que nadie se salva pierde una de las alegrías más grandes del servicio a Dios.

Pablo concluye con una pregunta retórica: "*Y para estas cosas, ¿quién es suficiente?*" (v. 16b). La palabra "*suficiente*" significa 'apto' o 'calificado'. Muchos predicadores se sienten totalmente inadecuados para el ministerio. Quizá fueron llamados por Dios, y se prepararon bíblica y teológicamente en un seminario. Sin embargo, muchos candidatos al ministerio sienten que no están listos todavía. El corazón más noble se hunde, a veces, por la presión del trabajo espiritual. Hoy en día, la gente exige mucho de los pastores, y Pablo advierte que hay un gran potencial en la predicación, pero también un gran riesgo.

### La valentía de Pablo al predicar (v. 17)

Aunque Pablo pregunta, "*¿quién es suficiente para estas cosas?*" (v. 16), en el capítulo tres se atreve a expresar: "*nuestra competencia proviene de Dios, el cual asimismo nos hizo ministros competentes...*" (2 Co. 3:5-6). A pesar de todas las luchas que sostuvo por causa de la obra en Corinto y el fuerte desaliento que experimentó a lo largo de varios meses, al final se dio cuenta que él era "*suficiente*" para el ministerio. No porque lo era en sí mismo, sino porque Dios lo hizo "*competente*". Es importante notar que la palabra en el idioma original para "*suficiente*" (2 Co. 2:16) y para "*competentes*" (2 Co. 3:5-6) es la misma.

El apóstol sabía que era "*suficiente*", por la gracia de Dios, para el ministerio cristiano. Lo sabía porque Dios le había dado la

gracia para no 'falsificar' la palabra de Dios (v. 17). Muchos lo hacían, especialmente los judaizantes; pero no Pablo. El término en griego significa 'adulterar', y se usaba en el mundo de los vendedores. En el primer siglo y hasta el día de hoy, es una gran tentación para los comerciantes colocar las mejores frutas y legumbres encima de las que no son muy vistosas, para dar la impresión de que todos los productos en la canasta tienen la misma calidad, cuando en realidad, lo que hay debajo es de menor calidad. Los judaizantes eran así. Presentaban a los creyentes la gloria de la promulgación de la ley y todos los beneficios de ser judíos, pero escondían la imposibilidad de guardar la ley. En cambio, Pablo no 'adulteraba' la presentación del evangelio. En toda su 'canasta', la fruta era de la misma calidad.

Dos cosas garantizaban el ministerio de Pablo y le daban confianza al predicar. Primero, su "*sinceridad*" (v. 17a). No tenía temor de que sería avergonzado; de que sus seguidores encontrarían algo escondido más adelante, que no les había mencionado antes. Él predicaba todo el consejo de Dios. En segundo lugar, Pablo tenía la convicción del llamado de Dios. No estaba en la obra simplemente porque un día decidió que le gustaría ser apóstol. Pablo predicaba: "*de parte de Dios, y delante de Dios*" (v. 17b). Dios era la fuente de su autoridad. Predicaba consciente de la mirada de Dios sobre él, y su mensaje se centraba "*en Cristo*". Nunca iba más allá de Cristo. Estaba maravillado con Él. Reconoce que las inescrutables riquezas de Cristo lo desafiaban. Nunca podía hablar demasiado de Él.

Frente a las luchas y dificultades inherentes en el ministerio, la confianza de Pablo no estaba en sí mismo; ni en sus dones espirituales, o en su capacidad intelectual, o en su conocimiento de las Escrituras o en sus experiencias cristianas. Lo que le animaba a seguir enfrentando a un mundo hostil al evangelio era Cristo y Cristo crucificado – la sabiduría de Dios y el poder de Dios. Los corintios no tenían por qué dudar de él, aunque no tuviera cartas de recomendación como los judaizantes (2 Co. 3:1-6).

## LA GLORIA QUE PERECE

*“<sup>7</sup> Y si el ministerio de muerte grabado con letras en piedras fue con gloria, tanto que los hijos de Israel no pudieron fijar la vista en el rostro de Moisés a causa de la gloria de su rostro, la cual había de perecer, <sup>8</sup> ¿cómo no será más bien con gloria el ministerio del espíritu? <sup>9</sup> Porque si el ministerio de condenación fue con gloria, mucho más abundará en gloria el ministerio de justificación. <sup>10</sup> Porque aun lo que fue glorioso, no es glorioso en este respecto, en comparación con la gloria más eminente. <sup>11</sup> Porque si lo que perece tuvo gloria, mucho más glorioso será lo que permanece. <sup>12</sup> Así que, teniendo tal esperanza, usamos de mucha franqueza; <sup>13</sup> y no como Moisés, que ponía un velo sobre su rostro, para que los hijos de Israel no fijaran la vista en el fin de aquello que había de ser abolido. <sup>14</sup> Pero el entendimiento de ellos se*



*embotó; porque hasta el día de hoy, cuando leen el antiguo pacto, les queda el mismo velo no descubierto, el cual por Cristo es quitado. <sup>15</sup> Y aun hasta el día de hoy, cuando se lee a Moisés, el velo está puesto sobre el corazón de ellos. <sup>16</sup> Pero cuando se conviertan al Señor, el velo se quitará.*

## **2 Corintios 3:7 – 16**

Las actividades de los judaizantes le hicieron recordar a Pablo el ministerio de Moisés, así que lo que dice a continuación debe ser interpretado como una crítica indirecta a sus enseñanzas. Pablo tenía un gran respeto por Moisés. En Romanos 9:4, habla con cierto orgullo, como judío, de “*la gloria, el pacto, la promulgación de la ley, el culto y las promesas*” – elementos del antiguo pacto relacionados con Moisés. No obstante, Pablo también reconoce la enorme diferencia entre el ministerio del antiguo pacto y el ministerio del nuevo.

El judaísmo del primer siglo estaba caracterizado por el ritualismo propio de un ministerio sacerdotal. Había un gran énfasis sobre cosas externas - ritos y ceremonias. Estas cosas siguen todavía, tanto en la Iglesia Católica como en la Iglesia Ortodoxa. Cuando se pierde la vitalidad interna del evangelio, la tendencia humana es volver al ritualismo sacerdotal o a las jerarquías eclesiásticas. A lo largo de los siglos, estas dos grandes Iglesias han contribuido al concepto popular del ministerio cristiano. Promueven la figura del ministro de Dios como un ‘sacerdote’ o ‘clérigo’; no como un profeta, heraldo, siervo, maestro y pastor, que es el concepto del Nuevo Testamento. Según Pablo, el pastor que predica el evangelio no es una persona que ocupa un cargo eclesiástico, sino alguien que goza tremendos privilegios espirituales. Es un hombre que contempla el rostro de Dios, y luego se presenta delante de la congregación para hablar al pueblo como un profeta, no como un sacerdote o un funcionario eclesiástico.

El problema que Pablo enfrentaba era un problema intensamente contemporáneo. Vivimos en un tiempo en que, para muchos, el ministerio cristiano ha perdido su gloria. Antes había el concepto de que el llamado de Dios era un gran privilegio y honor. Ya no es así. Por eso debemos analizar la enseñanza de

Pablo en este pasaje para recuperar el concepto neotestamentario de la gloria del ministerio cristiano, comparándola con la gloria defectuosa de la antigua dispensación, que aún se nota en ciertos sectores de la Iglesia cristiana.

## **Es una gloria verdadera**

Pablo reconoce que el ministerio del antiguo pacto tuvo cierta gloria. Lo recalca en dos pasajes: *"Y si el ministerio de muerte... fue con gloria..."* (v. 7) y *"si el ministerio de condenación fue con gloria..."* (v. 9). No pudo ser de otra manera, porque todo lo relacionado con Dios tiene gloria. Leemos en Éxodo 24:16, *"Y la gloria de Jehová reposó sobre el monte Sinaí, y la nube lo cubrió por seis días; y al séptimo día llamó a Moisés de en medio de la nube"*. Durante los siguientes cuarenta días y noches, Moisés recibió la revelación del culto en el tabernáculo, y al final descendió del monte Sinaí con las *"dos tablas del testimonio, tablas de piedra escritas con el dedo de Dios"* (Ex. 24:18 – 31:18).

Lamentablemente, durante esos cuarenta días, el pueblo de Israel se cansó de esperar y cometieron idolatría, confeccionando un becerro de oro (Ex. 32). Este fue un acto profético, que anticipó la historia de Israel a lo largo del Antiguo Testamento. La ley de Moisés no era suficiente para salvarlos de la idolatría. Lo prohibía, pero no lo pudo impedir. Algo mayor era necesario; y lo "mayor" estaría vinculado con la gloria de Dios en el rostro de Moisés. Eso también fue un evento profético que anticipó la gloria de Dios en uno mayor que Moisés, el Mesías (2 Co. 4:6; Jn. 1:14).

Luego de la debacle del becerro de oro, Moisés suplicó a Dios: *"Te ruego que me muestres Tu gloria"* (Ex. 33:18). Jehová respondió, invitando a Moisés a pasar otro periodo de cuarenta días y cuarenta noches en Su presencia (Ex. 34:28). Esta vez, al descender del monte Sinaí, Moisés tenía no solo dos tablas de piedra con los mandamientos de Dios (Ex. 34:29a), sino que tenía un rostro que resplandecía con la gloria de Dios, aunque él no se dio cuenta de ello (Ex. 34:29b).

Aquí está el gran reto para todo siervo de Dios. Debemos pasar suficiente tiempo delante del trono de Dios para llegar al púlpito con la gloria de Dios en nuestros rostros. Al mismo tiempo, es importante que no seamos conscientes de esa gloria en nuestras vidas, para que podamos ministrar la Palabra de Dios con sencillez de corazón. Aarón y todos los hijos de Israel tuvieron miedo de acercarse a Moisés (Ex. 34:30). Sintieron un gran asombro en su presencia. Sintieron la presencia de Otro, la presencia de Dios, en Su poder y gloria.

La gloria que resplandeció en la cara de Moisés fue aquella gloria inefable en que Dios habita. Este hecho señala que uno de los mayores privilegios del ministro cristiano es que Dios frecuentemente nos invita a disfrutar una comunión profunda con Él. Por supuesto, no se trata de que el pastor tenga un acceso privilegiado a Dios, diferente a los demás creyentes. Es simplemente que su trabajo exige que pase mayor tiempo a solas con Dios. Lamentablemente, es muy posible que el pastor no lo haga; que no viva a la altura de este privilegio. Sin embargo, debemos enfatizar que está a su disposición.

La única manera de vestirse de esta gloria divina es lo que un hombre llamó *La Práctica de la Presencia de Dios* (Hermano Lorenzo). Moisés pasó cuarenta días seguidos en Su presencia; y cuando por fin bajó del monte, tuvo que llamar a Aarón y al pueblo, para que se acerquen y escuchen el mensaje de Dios (Ex. 34:31-32). Este es un momento de gran responsabilidad, cuando el alma del ministro está encendida con la gloria de Dios y Su Palabra, y el pueblo está atento al mensaje de Dios. Es en ese momento, que la predicación deja huellas eternas en la vida de los oyentes. Es importante reconocer que hay momentos en que el pastor disfruta de la presencia de Dios en tal manera que su lengua es encendida con carbones tomados del altar de Dios. En esos momentos, el ministro tiene una oportunidad especial para clamar con poder de lo alto, llamando a las personas a la conversión o a dedicar sus vidas al servicio de Dios.

Es imprescindible recordar que todavía existe tal cosa como el poder de lo alto en el ministerio. La Biblia nos indica que hay dos maneras de conseguir obreros para la viña del Señor. Una es orando al Dueño de la viña, pidiendo que Él llame y envíe más

obreros; la otra es, viviendo una vida consagrada a Dios, como pastores, y predicando con el poder de lo alto en tal manera que nuestras vidas y ministerio impacten a otros y los impulsen a la obra. Pablo reunía discípulos de esta manera – Timoteo, Tito y Silas. Dios nos ayude a hacer lo mismo, no sea que la falta de obreros para la siguiente generación se deba, en parte, a nuestra falta de espiritualidad como siervos de Dios.

## **Es una gloria manifiesta**

La gloria que brillaba del gran siervo de Dios fue tal que *“los hijos de Israel no pudieron fijar la vista en el rostro de Moisés a causa de la gloria de su rostro”* (2 Co. 3:7). Sentían que estaban mirando al sol en todo su esplendor y sus ojos no lo podían soportar. Por eso Moisés se ponía un velo cuando hablaba con los hijos de Israel; solo se lo sacaba cuando entraba a la presencia de Dios. Había una gran brecha entre Moisés y el pueblo; una gran distancia en cuanto a su experiencia espiritual. Alexander Maclaren resaltó el contraste entre el judaísmo y el cristianismo. “El judaísmo tuvo alguien que dio al pueblo la ley. Moisés contempló el rostro de Dios mientras que el pueblo quedó abajo en el valle. El cristianismo permite a todos subir a la cima del monte de la visión donde se ve la gloria del resplandor de Dios. El creyente más humilde puede pasar las barreras y acercarse a Dios. Moisés veló su rostro para que las personas no vean la gloria de Dios. Nosotros, con rostros descubiertos, somos llamados a reflejar la gloria de Dios delante de los que nos rodean”.

En este cuadro tenemos un resumen de la antigua dispensación – una en la que había solo una revelación parcial, brillando a través de un velo, resplandeciendo por medio de símbolos, relumbrante en algunos ritos y tipos, y alguna y otra profecía difícil de entender. El cristianismo es totalmente lo opuesto, y aquí está el desafío para los pastores. Los ministros del Señor deben resaltar esta diferencia. No deben enseñar cosas esotéricas, difíciles de entender; tampoco deben refugiarse en ritos o vestimentas, procurando impresionar a los oyentes por las

cosas que ven y no por las verdades que escuchan. Más bien, deben hablar con lucidez, manifestando la verdad a sus oyentes con palabras claras y poderosas, que revelan la gloria de Dios.

Por supuesto, la intención de Pablo no era menospreciar a Moisés o el viejo pacto, que al fin y al cabo fue dado por Dios. Lo que quiso dar a entender era que el pueblo de Israel no pudo soportar la gloria que Moisés tenía. Aun si lo único que brillaba era tan tenue como la piel de su rostro, era demasiado intenso, demasiado espiritual, para los ojos de aquellos que no tenían la iluminación de Cristo.

El siervo de Dios debe procurar tener esa gloria, no tanto en su rostro físico sino en su vida y ministerio; y también debe desear transmitir dicha gloria por medio de la predicación de la Palabra de Dios. A diferencia de Moisés, no debemos ponernos un velo para tapar la gloria de Dios, sino hacer todo lo posible para dejar que esa gloria se manifieste desde el pulpito. Como declara el apóstol Pablo: *"Así que, teniendo tal esperanza, usamos de mucha franqueza"* (v. 12). Por supuesto, su confianza no estaba en sí mismo, sino en el poder de Dios quien lo llamó al ministerio. El predicador debe saber que él es solo una vasija de barro; el poder viene de Dios, no de nosotros (2 Co. 4:7). Pero, es un gran privilegio tener este ministerio. Saber que por medio de nuestra predicación el Dios eterno abrirá los ojos espirituales de los oyentes para ver *"la gloria de Dios en la faz de Jesucristo"* (2 Co. 4:6) es algo increíble.

## **Es una gloria permanente**

En el v. 13, Pablo resalta el aspecto transitorio de la gloria de Dios en el rostro de Moisés como algo que simbolizaba la naturaleza transitoria del antiguo pacto. Según el apóstol, Moisés cubría su rostro no solo porque el pueblo no soportaba ver la gloria de Dios (v. 7), sino *"para que los hijos de Israel no fijaran la vista en el fin de aquello que había de ser abolido"*. Como lo afirmó en el v. 7, la gloria en el rostro de Moisés era algo que *"había de perecer"*.

El libro de Éxodo no menciona la desaparición de la gloria de Dios en el rostro de Moisés, pero evidentemente ocurrió, quizá paulatinamente. De todos modos, Moisés en algún momento se dio cuenta de la naturaleza pasajera de la gloria que brillaba en su rostro, y ese hecho lo llevó a concluir que el pacto entre Dios e Israel también tendría un carácter transitorio.

Aquí hay una lección importante para cada predicador. Podemos tener momentos en el púlpito en que sentimos la manifestación de la gloria de Dios; sin embargo, el problema se da cuando bajamos del púlpito. La gloria puede disiparse fácilmente. Cuando eso ocurre, la congregación nos verá otra vez como simples seres humanos. Peor aún, en un momento de debilidad, podemos hacer o decir algo que opaque la gloria que transmitimos desde el púlpito. Por eso, a toda costa debemos evitar la trampa de ser esa clase de pastor que cuando estamos en el púlpito, nadie quiere que dejemos de predicar; pero que cuando estamos fuera del púlpito, nadie quiere vernos subir al púlpito para predicar. ¡Qué triste ser esa clase de predicador!

La única manera de tener la gloria de Dios en forma permanente, como predicadores, es volviendo una y otra vez a disfrutar de la presencia de Dios en nuestra comunión con Él. Si dejamos de contemplar Su gloria en nuestros tiempos a solas con Él, pronto la dejaremos de reflejar en el púlpito. "Moisés tuvo un destello momentáneo, una brillantez transitoria; nosotros tenemos una luz permanente. En el caso de Moisés, lo que resplandeció fue su rostro; en nuestro caso, lo que debe brillar es la totalidad de nuestras vidas" (v. 18). La verdadera grandeza de Dios y la plenitud de Su gloria se revela, no en el judaísmo, sino en el evangelio; y en particular, en la vida de los que ministran la Palabra de Dios. Por eso el apóstol Pablo se regocijaba en el ministerio cristiano, exclamando: *"Porque si lo que perece tuvo gloria, mucho más glorioso será lo que permanece"* (v. 11). Cristo es la completa revelación de la gloria de Dios. Podemos encontrar más y más gloria en Él, pero nunca iremos más allá de Él. La sociedad avanza y las culturas cambian, y eso desafía al predicador a adaptarse en cierta manera. Pero nunca debe pensar que la gloria de Cristo se opacará. Los medios de comunicación han cambiado y seguirán cambiando. Hemos avanzado de los

periódicos, a los noticieros, radio y televisión, y ahora al internet donde se difunde también noticias virtuales. Pero nada reemplazará la revelación de la gloria de Dios en la vida y el ministerio de una persona que ha contemplado *"la gloria de Dios en la faz de Jesucristo"* (2 Co. 4:6). Esa es la gran responsabilidad del predicador. Primero debe contemplar la gloria de Dios y quedar maravillado de Su amor por el pecador; luego debe presentarse delante de los pecadores para testificarles de la gloria de la redención en Cristo Jesús. El predicador que lo hace siempre tendrá una audiencia y será escuchado con agrado por aquellos pecadores que desean conocer a Dios. Las vestimentas sacerdotales podrán impresionar a muchos, al igual que las jerarquías protestantes, el intelectualismo académico o las luces y el 'decor' de algunas iglesias evangélicas. Pero Dios revelará Su gloria a los pecadores por medio de un predicador que ha decidido poner muchas cosas a un lado, para pasar más tiempo en la presencia de Dios, con el fin de contemplar Su gloria.

## **Es una gloria insuperable**

Aunque la gloria en el rostro de Moisés se desvaneció con el tiempo, no podemos negar que la ministración de la antigua dispensación tuvo una verdadera gloria. Pablo mismo lo reconoce repetidas veces: *"Y si el ministerio de muerte grabado con letras en piedras fue con gloria... Porque si el ministerio de condenación fue con gloria... Porque si lo que perece tuvo gloria..."* (vv. 7, 9, 11). El apóstol se expresa de esta manera usando un silogismo del 'menor' al 'mayor'. Si lo menor – es decir, el antiguo pacto, establecido por Moisés, tuvo gloria, cuánto más gloria tendrá lo mayor – es decir, el ministerio del nuevo pacto, establecido por el Mesías.

En realidad, hay tal superávit de gloria en el nuevo pacto, que la gloria del antiguo pacto queda eclipsada. Como Pablo afirma en el v. 9, *"Porque si el ministerio de condenación fue con gloria, mucho más abundará en gloria el ministerio de justificación"*. El término que Pablo usa es '**perisseuo**', que apunta a una abundancia excesiva. En Romanos 5:15, el apóstol usa esta

palabra para describir cómo la gracia y el don de Dios "*abundaron mucho más*" para los transgresores, por la obra de Jesucristo. Por eso, Pablo se atreve a declarar que, a la luz de la gloria del nuevo pacto, la gloria del antiguo pacto desaparece, en un aspecto en particular: "*Porque aun lo que fue glorioso, no es glorioso en este respecto, en comparación con la gloria más eminente*" (v. 10). En este caso, el verbo es '**juperballo**', que significa 'tirar más allá de la marca'. En 2 Corintios 9:14, Pablo emplea esta palabra para la gracia de Dios ("*superabundante*"), y en Efesios 1:19, la usa para el poder de Dios ("*la supereminente grandeza*").

Un ejemplo de la naturaleza nos ayudará a entender este punto. Durante la noche, las estrellas brillan y destacan en la oscuridad; pero solo lo hace hasta que la luna aparece. La luna a su vez reina en la noche, pero solo hasta que el sol amanece. Pero cuando el sol brilla en su esplendor, opaca cualquier otra luz en el firmamento. De igual modo, para Pablo, las glorias del antiguo pacto que desde joven valoraba, ahora han desaparecido ante el esplendor de la luz que emana de la cruz de Cristo y Su trono celestial. A estas alturas en su ministerio, el apóstol Pablo, como emisario de Cristo, ya se dio cuenta que el cristianismo conquistaría el mundo entero y el judaísmo quedaría relegado a la historia. Los judíos quedarán en este mundo como testigos de la Palabra de Dios en el Antiguo Testamento, hasta que el tiempo de los gentiles llegue a su fin.

Juan el Bautista fue más sabio que muchos rabinos. Cuando Cristo vino, él reconoció Su gloria, y no tuvo reparo en declarar a sus seguidores: "*Es necesario que Él crezca, pero que yo mengue*" (Jn. 3:30). Juan fue el heraldo de un nuevo amanecer, y el verdadero judaísmo encuentra su cumplimiento en Cristo. Pablo estaba en el umbral de la plena gloria de la Iglesia, y no tenía temor, pensando que en algún momento alguien pudiera hallar un defecto en el evangelio de Cristo. El apóstol exalta el cristianismo sobre el judaísmo y sobre cualquier otra religión, plenamente convencido de la gloria superabundante del evangelio. Por eso coloca el ministerio cristiano en el pináculo de las vocaciones humanas. El pastor, llamado a servir a Cristo, está por encima de cualquier profesión o jerarquía terrenal.



## Es una gloria perfecta

El antiguo pacto, a pesar de la gloria que lo acompañó, tenía ciertos defectos. Era un ministerio *"de la letra"*, no *"del espíritu"* (v. 6). Por eso Pablo se gloriaba en el ministerio que Dios le dio, dentro del nuevo pacto. Al hablar de esta manera, el apóstol no estaba simplemente criticando el legalismo de aquellos rabinos y fariseos que solo se centraban en la interpretación literal de la ley y pasaban por alto el valor espiritual de la revelación de Dios por medio de Moisés. Él estaba haciendo una observación radical acerca de la antigua dispensación, tal como lo indica en Romanos 2:29 y 7:6. El problema con la ley era que quedaba al nivel de lo externo; en la nueva dispensación del Espíritu, Dios trata con el hombre interior. El intento de lograr la salvación guardando la ley solo llevaba a la condenación, porque nadie podía hacerlo. Cristo nos redimió de la 'maldición' de la ley, y el Espíritu de Cristo nos renueva internamente para vivir una vida nueva.

Aunque la ley en sí era buena, porque era un don de Dios, Pablo sintió el 'frío mortífero' de la ley en su vida, porque su propia naturaleza pecaminosa no le permitió cumplir la ley a la perfección. Por eso el apóstol habla de la ministración del antiguo pacto como un *"ministerio de muerte"* (v. 7) y un *"ministerio de condenación"* (v. 9), y lo contrasta con el ministerio del nuevo pacto que es uno *"del espíritu"* (v. 8) y *"de justificación"* (v. 9). Pablo reconoce que, por obra de Satanás, los judaizantes *"se disfrazan como ministros de justicia"* (2 Co. 11:15), pero es solo un disfraz! Lo que trae una verdadera justicia es el ministerio del Espíritu, en el nuevo pacto. El ministro de la nueva dispensación debe anunciar la ley de Dios, pero solo como un preámbulo al anuncio de la gracia de Dios para los pecadores que reconocen su pecado y se arrepienten, confiando en la muerte redentora de Cristo.

Isaías declaró: *"¡Cuán hermosos son sobre los montes los pies del que trae alegres nuevas, del que anuncia la paz, del que trae nuevas del bien, del que publica salvación, del que dice a Sion: ¡Tu Dios reina!"* (Is. 52:7). Pero él estaba hablando, en su contexto histórico, del anuncio del retorno del cautiverio en

Babilonia. Pablo lo aplica a los que predicán el evangelio de Cristo; de los ministros del nuevo pacto (Ro. 10:16). De los que llevan el mensaje del monte del calvario, no del monte Sinaí.

El peligro que corre la Iglesia Evangélica es la de convertir el predicador en un 'sacerdote', alguien que entretiene, un sicólogo o un 'coach espiritual', en lugar de ser un 'profeta'. Esto pasa cuando el énfasis en el ministerio recae sobre el profesionalismo y cosas externas, en vez de sobre el poder del Espíritu en la predicación de la Palabra. Otro peligro es convertir el 'profeta' en 'escriba', por medio de un intelectualismo carnal. El 'escriba' debate sobre los puntos minuciosos de lo que está escrito en la ley de Dios, pero pierde de vista totalmente que las Escrituras son palabra de vida en el Espíritu. Interpretaciones 'tradicionales' o 'académicas' reemplazan una experiencia vital de Dios en los ministros. Fue amor de lo externo que crucificó a Cristo, porque Él destacó la vida espiritual y cuestionó el énfasis sobre lo externo tanto en los fariseos como en los saduceos. Esteban tuvo el mismo destino cuando se confrontó con los que pervirtieron la verdadera fe de Israel. Por su lado, Pablo se convirtió de un fariseo que perseguía a los seguidores de Cristo, y tomó el lugar de Esteban, cuya muerte propició. Luego se volvió un defensor de la fe ante los judaizantes, quienes querían hacer volver a la Iglesia al legalismo mosaico.

El ministro de Cristo, si ha de ser fiel a su llamado, tendrá que ser valiente y estar dispuesto a luchar tanto contra los 'tradicionalistas' como contra los 'innovadores', tal como Pablo luchó contra los judaizantes y contra los gnósticos. El ministro tendrá que ser valiente y mantenerse en comunión íntima con Dios si ha de luchar con éxito contra los grandes poderes de los 'tradicionalistas' y los 'radicales'. Tendrá que renovar constantemente su vida espiritual si ha de evitar caer en una trampa u otra del enemigo. Aunque el llamado inicial es de gran importancia, no puede descansar solo en eso. Para que experimente un creciente poder espiritual tendrá que crecer en su experiencia personal de la gracia de Dios en Cristo, mediado por el poder del Espíritu Santo. El alma del siervo de Dios debe estar en un constante contacto con Dios y disfrutar hermosas

experiencias de nuevas revelaciones espirituales, por medio de la Palabra.

## **Es una gloria eficaz**

Lo más triste acerca del ministerio del antiguo pacto es que no podía efectuar un cambio en la vida de los hijos de Israel. ¡No podía renovarlos espiritualmente! A lo largo del Antiguo Testamento, el pueblo de Dios abandonó a Jehová y fue tras los ídolos. Después del exilio, dejaron la idolatría pagana, pero no se volvieron a Dios de todo corazón. Cuando leían las Escrituras, tenían un velo puesto sobre sus ojos (v. 15). El velo físico que Moisés puso sobre su rostro con el fin de impedir que los hijos de Israel vean la gloria de Dios, se volvió una analogía para el 'velo' espiritual que cubría el corazón de los judíos y les impedía ver la gloria de Dios en el rostro de Cristo (v. 15; 2 Co. 4:4).

Esto no era nada nuevo; el problema se remontaba a los días de Moisés, como él mismo reconoce: *"Pero hasta hoy Jehová no os ha dado corazón para entender; ni ojos para ver; ni oídos para oír"* (Dt. 29:4). Por eso, mil cuatrocientos años después, los judíos rechazaron a Cristo (Jn. 1:10-11), a Esteban (Hch. 7), y a Pablo (2 Co. 4:3-4). El apóstol amaba a sus conciudadanos e hizo un gran esfuerzo para convencerles del evangelio (Hch. 13:14-44), pero al final decidió predicar a los gentiles (Hch. 13:46).

Hoy en día, hay otro 'velo' que impide el entendimiento espiritual. Es el velo de las corrientes teológicas modernistas y 'progresistas' que opacan la gloria del evangelio. Estas tienen el mismo efecto sobre muchos cristianos, incluyendo pastores y profesores de teología. Por eso tantas personas andan ciegas espiritualmente en las denominaciones protestantes. El evangelio ya no les encanta; tienen corazones que no responden al Espíritu Santo. La luz se ha ido y la gloria se ha opacado en muchas congregaciones.

Felizmente, la promesa apostólica sigue en pie. Si alguien se convierte al Señor, el velo se quitará (v. 16). Pero, solo el Señor puede hacerlo. Por eso la gran necesidad de todos es volver la

mirada a Cristo. Hay que deshacerse de la influencia de Moisés y el rabino, del dinero y el orgullo, de la filosofía y la autoconfianza, y poner la mirada en Cristo, deseando ver en Él la iluminación espiritual del conocimiento de la gloria de Dios (2 Co. 4:6).

**“CON CARA DESCUBIERTA”**

*"<sup>17</sup> Porque el Señor es el Espíritu; y donde está el Espíritu del Señor, allí hay libertad. <sup>18</sup> Por tanto, nosotros todos, mirando a cara descubierta como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados de gloria en gloria en la misma imagen, como por el Espíritu del Señor.*

**4** <sup>1</sup> *Por lo cual, teniendo nosotros este ministerio según la misericordia que hemos recibido, no desmayamos. <sup>2</sup> Antes bien renunciamos a lo oculto y vergonzoso, no andando con astucia, ni adulterando la palabra de Dios, sino por la manifestación de la verdad recomendándonos a toda conciencia humana delante de Dios. <sup>3</sup> Pero si nuestro evangelio está aún encubierto, entre los que se pierden está encubierto; <sup>4</sup> en los cuales el dios de este siglo cegó el entendimiento de los incrédulos, para que no les resplandezca la luz del evangelio de la gloria de Cristo, el cual es la imagen de Dios".*

## **2 Corintios 3:17 -4:4**

La expresión "cara descubierta" (v.18) significa tener una mente libre para entender la revelación de Dios. Moisés se colocó un velo físico, voluntariamente, para no afectar a los hijos de Israel; los seres humanos tienen un velo espiritual, que les impide ver la gloria de Dios. La palabra "nosotros", en el v. 18, apunta a todos los creyentes, aunque el apóstol está tratando el tema particular de los que predicán el evangelio. Cada creyente tiene el privilegio de ver la gloria de Dios, pero los pastores y predicadores tienen una mayor oportunidad de verlo, no por su rango o estatus, sino por su ministerio. Cada ministro tiene su "lugar santísimo" con Cristo, para poder ejercer su ministerio eficazmente.

### **"donde está el Espíritu del Señor" (v. 17)**

Muchas personas aplican esta frase a la vida de la iglesia, pero Pablo la usa del creyente en particular; quizá, pensando más en los pastores y ministros de la Palabra. Tal persona, a diferencia de

Moisés, no tiene por qué temer que la gloria desvanezca; menos, que pierda su prestigio u honor delante del pueblo. El pastor tiene un “ministerio del Espíritu” porque el Espíritu ha tomado control de su mente y corazón. El siervo de Dios que está lleno del Espíritu Santo no tiene un velo sobre su rostro. Él contempla la gloria de Dios en el rostro de Cristo con el fin de comunicarlo a otros.

En el primer siglo, los judaizantes querían estorbar la predicación de la gloria de Cristo, apelando a la ley de Moisés. Hoy en día, muchos apelan a argumentos humanistas, movidos por algún tipo de racionalismo que atenta contra la gloria de Cristo. Pablo no era un ‘oscurantista’. Él enfrentaba los argumentos de los fariseos y judaizantes con valentía, sin tener miedo de cualquier dato que podrían sacar a relucir. Hay que reconocer, tristemente, que algunos pastores son tradicionalistas y temen estudiar ciertos temas a fondo. Pero un predicador lleno del Espíritu Santo estará dispuesto a confrontar cualquier dato histórico o bíblico, confiando que su conocimiento de Cristo es real y que nada lo podrá negar.

El siervo de Dios tiene un ministerio espiritual que concede vida. Es también un ministerio marcado por denuedo y franqueza. La verdad de Dios lo libera de los criterios del mundo. No tiene temor, aunque experimente alguna derrota. Pablo se sentía tan libre, que se podría regocijar aun cuando algunos predicaban Cristo por envidia, con el fin de hacerlo sentir mal (Fil. 1:15-18).

## **La transformación**

La libertad del creyente se basa sobre la transformación espiritual que ha experimentado (v. 18). Hay un debate acerca de si Pablo quiso decir “mirando en un espejo” o “reflejando como un espejo”. El uso de la voz media apunta al concepto de “mirando” o “contemplando”. Es cierto que no veremos a Cristo cara a cara hasta la Segunda Venida; no obstante, el apóstol habla explícitamente de contemplar el rostro de Cristo. Cada creyente tiene la libertad de ver el rostro del Señor, quien es la gloria y la imagen de Dios.

Pablo no está hablando de una mirada intelectual o académica de Cristo. Tampoco de una contemplación de Su belleza moral, o de los datos históricos de Jesús de Nazaret. Estas cosas, aunque tienen cierto valor, jamás efectuarían una transformación profunda en la vida del pecador. La transformación de la que Pablo habla es efectuada por el Espíritu Santo, quien primero quita el velo del corazón para que la persona entre en contacto personal con Cristo. De ese modo, se produce una verdadera contemplación de la gloria de Cristo y, como consecuencia, una transformación a la semejanza de esa gloria.

El verbo traducido “*transformados*” (v. 18) es el mismo que tenemos en los Evangelios de la experiencia de Cristo en el monte de la transfiguración. El verbo está en el tiempo presente, que apunta a un proceso que continúa día tras día. Se trata de la nueva vida que inicia cuando el pecador voltea su mirada a Cristo y contempla por primera vez Su gloria. Esta vida es sustentada por una exposición constante a la gloria de Cristo, el “*Sol de Justicia*” (Mal. 4:2). Millones de personas en todo el mundo dan testimonio de la veracidad de esta experiencia, y el crecimiento de la Iglesia lo confirma. Para millones de personas, Cristo es lo más real que hay en el universo. Como afirma Pablo, ganar a Cristo es de vital importancia para quien ha visto Su gloria; es lo único que realmente vale en la vida. Nada más se compara con Cristo.

Si una persona no ha tenido esta experiencia, no puede ser un pastor o predicador. No es suficiente tener una formación académica en un seminario; se necesita conocer a Cristo personalmente y ser transformado por Él en una manera radical y continua. Si el pastor mismo no ha sido “transfigurado” por el Espíritu de Dios, ¿cómo espera que otros lo sean por medio de su ministerio? Tendría un “ministerio de muerte”, no de vida.

## **La reflexión**

El creyente, que recibe sobre su alma la gloria de Dios reflejada en el rostro de Cristo, no teme que algún día ese reflejo glorioso desaparezca, tal como ocurrió con Moisés. Más bien, el

creyente puede tener la confianza de que esa gloria que lleva en su alma ira aumentando con el paso de los años, en la medida que se dedica a contemplar la gloria de Cristo día tras día. El creyente no se pone un velo, porque no tiene nada que esconder. Al revés, debe ser un "libro abierto", leído por todos. No reclama ser perfecto; pero por lo menos declara que hay un reflejo, siquiera tenue, de la imagen de Cristo en su ser. Somos como un espejo que refleja los rayos de luz que brillan sobre ella. No solo contemplamos la gloria de Dios, sino que la reflejamos a otros. La reflexión es el resultado inevitable de la transfiguración. Al mirar fijamente la gloria de Dios en la faz de Cristo, somos transformados a esa misma imagen por el Espíritu Santo, y al serlo, reflejamos esa gloria a los demás.

Este es un gran desafío para todo ministro de la Palabra. Debemos estar dispuestos a ser examinados por la luz del evangelio para ver si tenemos en nuestras vidas la realidad que predicamos a otros. El mundo no exige perfección en nosotros, pero sí pide que seamos sinceros y honestos. Podemos tener algún tropiezo, pero nos levantamos otra vez, como Pedro o Juan Marcos. Lo que no debemos hacer es fingir tener algo que no tenemos. El pecado que el Señor más denunció fue el pecado de la hipocresía.

## **La perseverancia**

Frente a los desafíos del ministerio cristiano, Pablo afirma: "*Por lo cual... no desmayamos*" (2 Co. 4:1). La pregunta que aún tiene en mente es: "*Y para estas cosas ¿quién es suficiente?*" (2 Co. 2:16), y la sigue contestando en forma triunfante. Es cierto que hay dificultades en el servicio del Señor; no obstante, Pablo recalca: "*no desmayamos... aunque este nuestro hombre exterior se va desgastando*" (2 Co. 4:16). Por eso exhorta a los gálatas: "*No nos cansemos... de hacer bien; porque a su tiempo segaremos, si no desmayamos*" (Ga. 6:9).

A pesar de la gloria de esta visión y la transformación que la sigue, hay suficientes luchas en el ministerio de la predicación para desanimar hasta el más valiente. Cuando estaba encarcelado



en Roma, Pablo tuvo que animar a los creyentes que se sentían desanimados por sus sufrimientos (Ef. 3:13); y al fin de su vida, cuando enfrentaba la muerte, le dice a Timoteo: *"no nos ha dado Dios espíritu de cobardía, sino de poder, de amor, y de dominio propio"* (2 Ti. 1:7). Luego procede a animar a Timoteo a considerarse un soldado cristiano, listo para sufrir por causa de Cristo (2 Ti. 2:1-13).

Lo que nos sostiene en las luchas y desánimos ministeriales es esta visión de la gloria de Dios en el rostro de Cristo. Es cuando tenemos *"este ministerio"* que *"no desmayamos"* (2 Co. 4:1). El que tiene su mirada puesta en el lodo de la Tierra no verá la gloria del amanecer. El siervo del profeta Eliseo tuvo miedo al ver el ejército de Siria que los rodeaba hasta que Eliseo pidió a Dios que abriera sus ojos. Necesitamos una visión de Cristo en el calor de la batalla. Pablo la tenía, no por sus propios méritos y esfuerzo, sino *"según la misericordia que hemos recibido"* (2 Co. 4:1). Un verdadero líder toca la trompeta de victoria cuando percibe que algunos soldados están desmayando. Para Pablo, retroceder no era una opción; siempre seguía adelante. El aliento que Pablo tenía no vino de los aplausos de los hombres. Emanaba y fluía de la visión de Cristo que sostenía su alma, día tras día, al contemplar en Él la gloria de Dios. Por eso no desmayaba, a pesar de todos los obstáculos.

## **La renuncia**

El siervo de Dios, que ha visto Su gloria en la faz de Cristo, renuncia *"lo oculto y vergonzoso, no andando con astucia ni adulterando la palabra de Dios..."* (2 Co. 4:2). El apóstol tenía en mente a los judaizantes que usaban muchos esquemas y complots contra Pablo, atentando contra el evangelio de Cristo. Pablo mismo había rechazado estas cosas. Lo *"oculto y vergonzoso"* son aquellas cosas que no se exponen a la luz. El corazón del pastor debe estar libre de venganzas personales, complots eclesiásticos y pensamientos impuros. *"Renuncia a Satanás y a todas sus obras malévolas"* sería una buena interpretación de las palabras de Pablo. Aquella persona que

contempla el rostro de Cristo no querrá mezclarse con cosas vergonzosas y ocultas. El apóstol emplea dos frases para explicar qué son cosas vergonzosas. Una es *"no andando con astucia"*. La palabra para 'astucia' significa la disposición de adoptar cualquier práctica con el fin de lograr los deseos personales. Pero el fin no justifica los medios. El siervo de Dios debe procurar hacer las cosas con la mayor transparencia posible. Él abre su corazón a Dios y a su pueblo. En eso radica su fortaleza. La otra frase es *"ni adulterando la palabra de Dios"*. Los judaizantes hacían ambas cosas. Usaban mal y aplicaban pésimamente las Escrituras. El propio Satanás es capaz de citar la Biblia, y nada le agrada más que usar a predicadores para promover sus intereses.

En los tiempos antiguos, personas de mal vivir usaban luces en la costa para desviar a los barcos en la noche hacia las rocas, donde encallaban y permitían a los ladrones saquear la carga. Los que tergiversan la Palabra de Dios y llevan a las personas a un naufragio espiritual son tan malos como esos ladrones de barcos. La palabra de Dios exige la integridad absoluta del que la interpreta y expone. El predicador debe ser intelectualmente honesto. El profeta de Dios no juega con palabras. Tiene demasiada responsabilidad sobre sus hombros. Está manejando las cosas más solemnes y sagradas en la vida y debe hablar de ellas con total franqueza. "No adulteramos la palabra de Dios", afirma el apóstol. "No la escondemos y tampoco la oscurecemos, porque nuestra tarea es esparcir la luz, arrojar la luz divina por doquier, y por todos los medios posibles declarar la verdad con desnudo, no temiendo consecuencia alguna". El varón de Dios contempla el rostro de Cristo; mira hacia arriba, y no hacia abajo. No teme mirar a cada persona en la cara al dirigirle la palabra. No tiene nada que esconder, todo por revelar.

## **La manifestación de la verdad**

*"Por medio de la manifestación de la verdad encomendándonos delante de Dios a la consciencia de cada persona"* (2 Co. 4:2). A diferencia de los judaizantes, la actitud de Pablo, como ministro de Cristo, era mantener una honestidad íntegra. Le habían

acusado falsamente de usar toda clase de decepción. Su mejor carta de recomendación era siempre hablar la verdad. La palabra 'verdad' en griego ('**aletheia**') significa 'no escondido'. Se 'destapa' todo para que quede claro lo que hay. El verbo 'manifestar' complementa este concepto y es enteramente apropiado para el ministro de la Palabra. Los filósofos buscan la verdad 'ontológica'; el predicador trata temas más concretos, prácticos y éticos. No se mete al terreno de la especulación. Tampoco es como un científico que está buscando la verdad a tientas, por medio del método científico y experimental. El predicador conoce la verdad, porque conoce a Cristo quien es la verdad. Su tarea es manifestar esa verdad a todos. La meta del predicador no es tocar la mente del oyente por medio de especulaciones existenciales, sino tocar su conciencia por medio de la manifestación de la verdad. "Vestido de la verdad, el predicador tiene el derecho de lanzar un ataque frontal a la fortaleza del corazón humano". Las personas andan demasiado ocupadas y se descuidan a sí mismos. La verdad que predica el siervo de Dios los confronta, los intranquiliza. Su corazón malvado esconde la verdad. El predicador arroja la luz divina sobre la oscuridad de su corazón queriendo despertar al pecador para que entienda su propia realidad. Cuando el Señor le quita el velo y lo despierta espiritualmente, el ser humano alcanza la verdad redentora. Si puede alcanzar verdades especulativas, que lo haga; pero dichas 'verdades' son completamente secundarias a la gran verdad del evangelio.

## **Un evangelio velado**

En los vv. 3-4, Pablo dice: "*Pero si nuestro evangelio está aún encubierto, entre los que se pierden está encubierto; en los cuales el dios de este siglo cegó el entendimiento de los incrédulos, para que no les resplandezca la luz del evangelio de la gloria de Cristo, el cual es la imagen de Dios*". Pablo les había manifestado la verdad, les declaró el evangelio de la gloria de Cristo. Los que no creyeron no tenía excusa. El rostro de Cristo no estaba velado; tampoco había un velo sobre la cara de Pablo.

El evangelio no estaba encubierto. Lo que sí había era un velo sobre el corazón de los oyentes, tal como lo hubo sobre el corazón de los que leían a Moisés y no podían ver en Jesús el Mesías de Israel.

En Romanos 9 al 11, Pablo explica cómo Dios sigue siendo fiel a Su Palabra, aunque la mayoría de los judíos permanecen en la incredulidad. Él afirma que el Israel espiritual es el verdadero Israel de la promesa, compuesto por judíos y gentiles. Los hijos de la fe son los herederos de las promesas. Cada predicador del evangelio enfrenta este dilema. El evangelio permanece un misterio; un misterio impotente para muchas personas que lo escuchan una y otra vez. Es cierto que a veces el predicador no cumple bien su tarea. No ha predicado el mensaje con suficiente claridad, poder o pasión. No obstante, ese no es el problema aquí. Lo que Pablo afirma es que muchos han tapado sus ojos y endurecido sus corazones voluntariamente. Han dejado que el dios de este mundo los ciegue.

En nuestro tiempo ese dios incluye el dinero, el deseo de ganar riquezas a como sea. Pero Pablo estaba habla de algo más profundo. Se trata de un espíritu mundano que resiste la fe cristiana, que se opone a crucificar la carne, que tolera formas externas de la religión con tal que no se intente cambiar a las personas espiritualmente. El dios de este mundo le quita los ojos a muchos Sansones con facilidad, y los esclaviza a la tarea de ganar más y más dinero, matando cualquier impulso de buscar la vida espiritual. Satanás, el dios de este mundo, presenta los deleites materiales ante la mirada de los incrédulos, y los ciega a la gloria de Cristo y el valor de las verdades espirituales. Aquellos que se deleitan en las cosas de este mundo, dedican todo su esfuerzo a los negocios terrenales, se entusiasman por el entretenimiento mundano y se someten a los principios del mundo, ¿cómo podrán ver en Cristo la gloria de Dios o entender la paz y la tranquilidad de la eternidad? Tanto el Señor Jesús como Pablo vieron en esta clase de persona el cumplimiento de la profecía de Isaías (Jn. 12:37-41; Hch. 28:25-28; Is. 6:9-10).

## **De gloria en gloria**

El apóstol Pablo creía firmemente en la importancia del progreso. Las palabras: "*de gloria en gloria*" (2 Co. 3:18) apunta al avance espiritual que disfrutan aquellos que desarrollan una comunión íntima con el Señor. Pablo anhelaba avanzar en la vida cristiana. Dejaba atrás lo que ya había vivido y se extendía hacia adelante para ver si podía crecer un poco más en su conocimiento de Cristo. Cuánto más contemplaba al Señor, más insatisfecho estaba con su propio crecimiento espiritual. No era que buscaba un ministerio más impactante o mejores resultados. Lo que deseaba era tener una personalidad más semejante a la de Cristo, mayor sometimiento al Espíritu Santo, reflejando mejor la gloria de Dios a los hombres.

Los miembros de la iglesia se deleitan en el conocimiento que su pastor tiene de la Biblia, y de su crecimiento en ese conocimiento. Pero más importante es el crecimiento y desarrollo de su personalidad, creciendo en la semejanza de Cristo. Cuando un pastor contempla día tras día la gloria de Dios en el rostro de Cristo, lejos de ser orgulloso, será cada vez más consciente de sus propios pecados y debilidades. Verá que hay áreas en las que debe seguir creciendo, y va tras el Señor, trepando las montañas del discipulado cristiano. Su gran esperanza es que un día será semejantes a Él, porque lo verá tal como Él es.

## LA LUZ EN EL ROSTRO DE JESÚS

*"<sup>4</sup> en los cuales el dios de este siglo cegó el entendimiento de los incrédulos, para que no les resplandezca la luz del evangelio de la gloria de Cristo, el cual es la imagen de Dios.*

*<sup>5</sup> Porque no nos predicamos a nosotros mismos, sino a Jesucristo como Señor, y a nosotros como vuestros siervos por amor de Jesús. <sup>6</sup> Porque Dios, que mandó que de las tinieblas resplandeciese la luz, es el que resplandeció en nuestros corazones, para iluminación del conocimiento de la gloria de Dios en la faz de Jesucristo".*

### 2 Corintios 4:4-6

#### El rostro de Jesús

El apóstol Pablo no conoció al Señor personalmente durante Su ministerio terrenal. No obstante, sus cartas indican que sabía mucho de los eventos relacionados con Su ministerio terrenal. Frecuentemente apelaba a las palabras de Cristo, dio evidencia de que conocía el carácter de Cristo, y en definitiva estaba apercibido del mensaje y la misión de Cristo. Como apóstol, llamado personalmente por el Señor Jesús, Pablo era uno de Sus intérpretes oficiales. Antes de Su encuentro con Cristo, camino a Damasco, los ojos espirituales de Pablo estaban cegados; pero la luz del cielo, que cegó sus ojos físicos, abrió sus ojos espirituales. En ese momento, el apóstol vio *"la gloria de Dios en la faz de Jesucristo"* (v. 6). Cuando sus ojos se abrieron, no vio nada, solo Jesús. Esa voz y ese rostro lo acompañaron el resto de su vida.

Durante Su ministerio terrenal, muchas personas contemplaron el rostro de Jesús, pero no llegaron a conocerlo. Indudablemente, como Juan afirma, había algo muy especial en Su rostro (Jn. 1:14), pero ningún artista lo ha logrado replicar. Era un rostro humano, pero sin pecado. De la profundidad de Sus ojos emanaba una increíble compasión, una pureza sin igual y una fuerza incomparable. La pura verdad contemplaba un mundo de mentiras. Sus ojos centelleaban con ira ante la presencia de hipocresía religiosa. Ante Su ira, la turba rabiosa se desvanecía. Pero los condenados y juzgados por otros hallaron en Él amor y aceptación. Al fin de Sus tres años y medio de ministerio, muchas personas pudieron dar testimonio de la increíble emoción que sus almas sintieron al contemplar la mirada de Cristo.

Sin embargo, no todos vieron esto. Muchos rabinos sintieron rabia al no poder perturbar la tranquilidad y el poder que emanaba del rostro del Señor. Su inocencia y pureza los enfurecía. Pablo hubiera sido igual. Sin embargo, durante su encuentro personal con Cristo, se le quitó el velo de sus ojos, y la gloria que contempló en el rostro de Cristo dominó su vida para siempre. La ira que la persona de Jesús provocaba antes en Pablo se convirtió en la más intensa devoción y lealtad.

George Mattheson<sup>1</sup> llama a Pablo "El Iluminado", y esto explica por qué llegó a ser uno de los intérpretes oficiales de Cristo. Él comenta: "Recordemos que la figura de Cristo que Pablo vio por primera vez fue la del Cristo celestial. Nunca contempló el rostro de Jesús de Galilea. Su primera visión fue la de Cristo glorificado. Cristo no se encontró con Pablo camino a la cruz, sino rodeado del esplendor celestial. Lo que su ojo vio fue el Cristo venidero – el Cristo de majestad, el Cristo de poder, el Cristo que vino vestido de relámpago con el manto del Conquistador. Esa fue la primera imagen cristiana que impactó el alma de Pablo"<sup>2</sup>.

---

<sup>1</sup> George Mattheson fue un pastor de Escocia, en el siglo XIX, que cuando quedó ciego, su novia lo abandonó. Compuso varios himnos, incluyendo "Amor que no me dejarás".

<sup>2</sup> George Mattheson, *Representative Men of the New Testament* (1902).

## La imagen de Dios

Pablo afirma explícitamente que Cristo es "*la imagen de Dios*" (v. 3). Esta frase significa mucho más que simplemente la imagen moral de Dios. El ser humano tiene la imagen y la gloria de Dios, y los creyentes están destinados a llevar la imagen de Cristo. Pero Pablo tiene en mente algo mucho mayor que 'similitud'; el apóstol está hablando de la representación y la manifestación de Dios. Al igual que en Colosenses 1:15, Pablo está hablando de la naturaleza divina de Cristo. El apóstol estaba convencido de que Cristo merecía ser reconocido como Dios (ver Hch. 20:28<sup>3</sup>). Él claramente enseñó la preexistencia de Cristo (ver 2 Co. 8:9). Antes de Su nacimiento, existía en la forma de Dios y era igual a Dios (Fil. 2:6). Llegó a ser un verdadero hombre en la Tierra, tal como antes, era verdadero Dios en los cielos. Cómo se encarnó, no lo sabemos, y Pablo no trata de explicar una "cristogénesis". Quizá nunca podremos explicar a la perfección la persona histórica de Cristo, como era Dios y hombre a la vez. Pero Pablo no tenía dudas al respecto de que lo era. Por eso, Pablo jamás aceptaría colocar a Cristo al nivel de otros grandes líderes religiosos. ¡No hay comparación! Sería una blasfemia intentarlo. Algunos podrían pensar que la idea de Dios encarnado podría pasar con el tiempo al olvido; sin embargo, no es así. A lo largo de dos mil años, los verdaderos creyentes – aquellos que han desarrollado una comunión íntima con Él y se han dedicado a Su servicio, han tenido la clara convicción de la plena deidad de Cristo.

## La gloria de Dios

El apóstol afirma que la gloria de Dios emana del rostro de Cristo (v. 6). No fue el único que tuvo esa característica. Ya hemos notado como Pablo declara algo parecido acerca de Moisés (2 Co. 3:7). No obstante, eso no hizo de Moisés un ser divino.

---

<sup>3</sup> Muchos consideran que el texto original es "Dios", no "Señor", tal como lo indica las diversas versiones de la Biblia en español.



Como el autor del libro de Hebreos demuestra, Cristo es absolutamente superior a Moisés (Heb. 3:1-7). Moisés solo reflejó la gloria trascendental que contempló en el monte. Es igual en el caso de Esteban. Aunque Lucas declara que el rostro de Esteban era como el de un ángel (Hch. 6:15), nunca dejó de ser humano.

Cristo está en otra categoría. Exaltado a la diestra del Padre, Él sigue siendo *"el Hijo de Hombre"* (Hch. 7:56). Esta también es Su gloria. En la carta a los Filipenses, Pablo presenta en una manera maravillosa los pasos por los cuales Cristo descendió de la gloria de Dios a la muerte en la cruz (Fil. 2:5-9). Era como una persona descendiendo una escalera larga. Pero Su descenso fue para abrir el camino al Padre, porque es por medio de Él que podemos entrar ante la presencia de Dios, acercarnos a Él y tener comunión con el Padre (Jn. 14:6). Jesús cumple lo que la escalera de Jacob prefiguró (Jn. 1:51). El autor del libro de Hebreos afirma: *"Pero vemos a Aquel que fue hecho un poco menor que los ángeles, a Jesús, coronado de gloria y de honra, a causa del padecimiento de la muerte, para que por la gracia de Dios gustase la muerte por todos"* (Heb. 2:9).

Los que lo conocieron personalmente, dieron testimonio de la gloria que vieron en Jesús de Nazaret. Por ejemplo, Pedro escribió lo siguiente:

*"Porque no os hemos dado a conocer el poder y la venida de nuestro Señor Jesucristo siguiendo fábulas artificiosas, sino como habiendo visto con nuestros propios ojos su majestad. Pues cuando él recibió de Dios Padre honra y gloria, le fue enviada desde la magnífica gloria una voz que decía: Este es mi Hijo amado, en el cual tengo complacencia."*

2 Pedro 1:16-17

La transfiguración de Cristo fue una revelación momentánea de la gloria que el eterno Hijo de Dios compartía con el Padre antes de la encarnación. Juan da a entender que muy aparte de ese momento, había otras oportunidades en las que la gloria de Dios resplandecía en Cristo (Jn. 1:14). En un sentido, cada milagro Suyo reflejaba esa gloria (Jn. 2:11; 11:40). Sin embargo, el

Señor se sometió a la voluntad del Padre, despojándose de la plena revelación de la gloria de Dios con el fin de encarnarse. Aunque, hacia el fin de Su vida terrenal anhelaba volver a disfrutar de esa gloria: *"Ahora pues, Padre, glorifícame Tú al lado Tuyo con aquella gloria que tuve contigo antes de que el mundo fuese"* (Jn. 17:5).

Gracias a esa gloria innata en Cristo, Él puede revelar al Padre (Jn. 1:18). Cada persona que realmente contempla a Jesús y entra en comunión con Él, verá al Padre, porque Él, como el Hijo de Dios, es la plena revelación de la gloria de Dios (Heb. 1:2).

### **Jesucristo el Señor**

Esto es como Pablo predicaba: *"predicamos... a Jesucristo como Señor"* (v. 5). Él tenía una cristología completa. Se trataba de un hombre llamado "Jesús", quien era el Mesías ("Cristo"). Al mismo tiempo, es el Señor de gloria. A lo largo de la historia, las personas han oscilado entre un extremo y otro. Los ebionitas negaban la deidad de Jesús; los docéticos, negaban Su humanidad. Para el apóstol, se trataba de "Dios-Hombre". Era la misma cristología de Pedro: *"a este Jesús a quien vosotros crucificasteis, Dios le ha hecho Señor y Cristo"* (Hch. 2:36). Esta es la cristología que subyace los Evangelios sinópticos, el Evangelio de Juan, las epístolas universales y el libro de Apocalipsis.

Lamentablemente, muchas personas se acercan a Cristo hoy en día con sus prejuicios filosóficos y no logran ver al verdadero Cristo. No hay nadie tan ciego que el que no quiere ver. Cristo brilla cual sol en todo Su esplendor, pero los seres humanos están rodeados de tanta neblina que no logran ver al Señor. El problema es que la misma grandeza de Cristo no les permite verlo. ¡Es difícil mirar al sol directamente! No obstante, el sol sigue brillando en su esplendor, a pesar de las diversas teorías científicas acerca de la naturaleza del astro solar y lo que ocurre en su interior. En el mundo teológico, algunos niegan la existencia de Jesús; otros afirman que Cristo es la producción de la tradición de la Iglesia. Por eso, rechazan completamente a "Cristo", y optan por un "Jesús" histórico y humano, que anduvo haciendo el bien, y no es más que un buen ejemplo para nosotros. Pero aquellos

que se acercan con humildad y sencillez ven al Señor de Gloria, al Hijo de Dios e Hijo de Hombre.

Así que, no se trata de “dejar a Pablo para volver a Jesús”, sino de “volver a Pablo para llegar a Jesús, y por medio de Él, a Dios”. No hay un verdadero conflicto entre el “Cristo de la historia” y el “Cristo de la experiencia”; pero, necesitamos tener bastante experiencia de Cristo para poder entender Su historia. La dicotomía entre el “Jesús de la historia” y el “Cristo de la fe” solo existe para aquellos que no conocen al Señor en forma personal y profunda. Por eso Pablo escribió a una congregación que estaba luchando con su concepto de Cristo, diciéndoles: *“a quien Dios quiso dar a conocer las riquezas de la gloria de este misterio entre los gentiles; que es Cristo en vosotros, la esperanza de gloria”* (Col. 1:27). Para Pablo, había un “misterio” en Cristo, y era el “misterio” de Dios (Col. 2:2); a saber, que *“en Él habita corporalmente toda la plenitud de la Deidad”* (Col. 2:9).

## **El evangelio de la gloria de Cristo**

Aquí tenemos la cristología de Pablo: *“la luz del evangelio de la gloria de Cristo”* (v. 4). En la carta a los Romanos, Pablo habla dos veces de *“mi evangelio”* (Ro. 2:16; 16:25). A lo que se refiere es su interpretación de Cristo: el *“evangelio de Cristo”* (Ro. 15:19). El apóstol tenía un mensaje muy específico acerca de Jesús que quería anunciar al mundo entero. Se encuentra claramente en la carta a los Romanos, pero también está esparcido en todos sus escritos. Ningún pastor o predicador debe asumir el derecho de hablar a otros, hasta que haya aclarado en su mente quién es Jesús. Un mensaje lleno de dudas y cuestionamientos no ayudará a las personas que están luchando contra el pecado y la tentación. Pablo sentía que tenía el derecho de dirigirse a las personas porque tuvo un encuentro personal con Cristo; un encuentro en que el Señor se reveló claramente al apóstol. Por eso conocía el *“evangelio de Cristo”*. Con ese conocimiento, vino un gran sentido de responsabilidad. Tenía que predicar, porque el *“glorioso evangelio del Dios bendito... a mí me ha sido encomendado”* (1 Ti. 1:11; ver Ga. 2:7). Captar siquiera

una visión momentánea de la gloria de Dios es arder para siempre con la pasión de transmitirla a otros. Nadie podía engañar a Pablo con otro 'evangelio'. Más bien, hablaba con sarcasmo de aquellos que andaban predicando a "*otro Jesús*", con "*otro espíritu*" y de "*otro evangelio*" (2 Co. 11:4). Pablo es un ejemplo a los pastores contemporáneos de la importancia de tener un concepto claro de las verdades esenciales de Cristo, y al mismo tiempo de ser generosos o tolerantes acerca de cosas secundarias. Hoy en día, el predicador tiene que navegar con mucho cuidado entre los extremos del tradicionalismo y el radicalismo. Pablo logró hacerlo, porque nunca apartó su mirada de "*la gloria de Dios en la faz de Jesucristo*" (v. 6). La "*luz del evangelio*" iluminaba la mente de Pablo y llenó todo el horizonte de su vida.

### **"Resplandeció en nuestros corazones"**

Para Pablo, todo comenzó cuando la gloria de Dios resplandeció en su corazón. La primera orden divina, que dio lugar a la creación del mundo material, fue: "Sea la luz" (Gn. 1:3). De esta manera, la luz de la existencia resplandeció en las tinieblas de la inexistencia. El segundo precepto de Dios, que da lugar a la nueva creación, es la orden de que la luz "*de la gloria de Dios en la faz de Jesucristo*" brille en la oscuridad de la muerte espiritual de la humanidad.

Jesús es la luz del mundo en el sentido cósmico del inicio de la creación. En ese sentido, Él es "*la luz de los hombres*" (Jn. 1:4). Esa luz resplandeció en las tinieblas y las tinieblas no pudieron resistir Su poder (Jn. 1:5). Sin embargo, los seres humanos se acostumbraron tanto a las tinieblas del pecado que cuando la Luz del Mundo vino (Jn. 8:12), no la quisieron recibir. Como afirma el Señor: "*la luz vino al mundo, y los hombres amaron más las tinieblas que la luz, porque sus obras eran malas*" (Jn. 3:19). No obstante, también declaró que todo el que cree en Él, no permanecerá en las tinieblas (Jn. 12:46).

Por medio del ministerio del profeta Isaías, la nación de Israel fue alertada al peligro de no ver la gloria de Dios en el Mesías:

*"... porque también dijo Isaías: Cegó los ojos de ellos, y endureció su corazón; para que no vean con los ojos, y entiendan con el corazón, y se conviertan, y Yo los sane". Isaías dijo esto cuando vio Su gloria [la de Cristo], y habló acerca de Él".*

Juan

12:39-41

Pablo tuvo la triste experiencia de ver el cumplimiento de esa profecía. Aclarando y explicando las palabras del profeta, Pablo escribe: *"el dios de este siglo cegó el entendimiento de los incrédulos, para que no les resplandezca la luz del evangelio de la gloria de Cristo"* (v. 4). El apóstol Pedro afirma que la palabra profética es como *"una antorcha que alumbra en lugar oscuro"* (2 P. 1:19), y en verdad, este mundo es un lugar escuálido y lúgubre. Por eso, cuando Dios brilla en el corazón de un pecador, es como un nuevo amanecer. Sin embargo, ese amanecer es solo el comienzo; esperamos *"que el día esclarezca y el lucero de la mañana salga"* a relucir en todo Su esplendor (2 P. 1:19). No solo en los confines de nuestros corazones, sino en toda la extensión del universo; en esos cielos nuevos y tierra nueva de la eternidad. Con razón el apóstol Juan afirma: *"La ciudad no tiene necesidad de sol ni de luna que brillen en ella; porque la gloria de Dios la ilumina, y el Cordero es su lumbrera"* (Ap. 21:23).

En el rostro de Jesús de Nazaret los apóstoles vieron la gloria del unigénito del Padre, y ese es el privilegio de todo verdadero creyente (Jn. 1:14). Pablo fue partícipe de esa visión, cuando tuvo un encuentro personal con Cristo, rumbo a Damasco. Tal fue la gloria de esa luz que lo cegó a la luz del sol, y a partir de ese momento, no podía ver cosa alguna que la gloria de Dios en el rostro de Cristo. Esta fue el ancla de Pablo, tanto de su fe, como de su esperanza, su teología y la vida misma. Como exclamó: *"ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí"* (Ga. 2:20). Los que experimentan lo mismo, están listos para servir a Cristo hasta las últimas consecuencias. ¡Esta es la esperanza del predicador! No confía en sus poderes de retórica u homilética; su confianza está en el poder de Dios, quien puede iluminar al pecador a través del

evangelio. Por eso, su responsabilidad principal es predicar el evangelio puro, sin añadir elementos humanistas. Todo pastor se gloria en la predicación, porque sabe cuál es el poder latente en este ministerio.

## **“Por amor de Jesús”**

*“Porque no predicamos a nosotros mismos...”* (v. 5). Predicar de sí mismo sería proclamar un mensaje de lo más pobre. Hacerlo sería aplicar una pésima homilética, y además revelaría una pobre espiritualidad. Pablo habla irónicamente de algunos que llegaron a Corinto llenos de sí mismos, con cartas de recomendación (2 Co. 3:1). Como afirma posteriormente: *“... no nos atrevemos a contarnos ni a compararnos con algunos que se alaban a sí mismos; pero ellos, midiéndose a sí mismos por sí mismos, y comparándose consigo mismos, no son juiciosos”* (2 Co. 10:12).

El tema de la predicación de Pablo era *“Jesucristo como Señor”*, y se presentaba a sí mismo *“como vuestros siervos por amor de Jesús”* (v. 5). Era un esclavo de Cristo, y como tal, servía a la Iglesia. ¡Increíble, que un hombre tan orgulloso diga esto de sí mismo! Sin embargo, aquí tenemos el espíritu de Cristo – la actitud de servicio. Cristo vino para revelar al Padre, no para revelarse a Sí mismo; y Pablo quería seguir ese modelo en el ministerio. El ‘hambre’ que siente el corazón humano es por Cristo. Las personas no se dan cuenta de esto hasta que lo conocen personalmente. Por eso el predicador debe anunciar a Cristo, aunque sus oyentes tengan un velo sobre sus ojos y no vean la gloria del Señor. La responsabilidad de todo predicador es voltear la mirada del ciego hacia Cristo.

Un día, *“ciertos griegos”* se acercaron a Felipe, diciendo: *“quisiéramos ver a Jesús”* (Jn. 12:21). El predicador contemporáneo tiene delante de él el cuadro perfecto de Cristo, en las Escrituras, y el clamor de las multitudes sigue siendo el mismo: *“queremos ver a Cristo”*. Esto es lo que debemos ofrecerles. No es suficiente darles *“un lindo mensaje”* o *“una palabra de aliento”*; hay que proclamar a Cristo. Revelarlo, en

palabras, en toda Su gloria, confiando que el Espíritu Santo hará la obra de revelación que solo Él puede hacer, abriendo ojos ciegos y renovando mentes entorpecidas por el pecado.

## **EL TESORO EN VASOS DE BARRO**

*"<sup>7</sup> Pero tenemos este tesoro en vasos de barro, para que la excelencia del poder sea de Dios, y no de nosotros, <sup>8</sup> que estamos atribulados en todo, mas no angustiados; en apuros, mas no desesperados; <sup>9</sup> perseguidos, mas no desamparados; derribados, pero no destruidos; <sup>10</sup> llevando en el cuerpo siempre por todas partes la muerte de Jesús, para que también la vida de Jesús se manifieste en nuestros cuerpos. <sup>11</sup> Porque nosotros que vivimos, siempre estamos entregados a muerte por causa de Jesús, para que también la vida de Jesús se manifieste en nuestra carne mortal. <sup>12</sup> De manera que la muerte actúa en nosotros, y en vosotros la vida. <sup>13</sup> Pero teniendo el mismo espíritu de fe, conforme a lo que está escrito: Creí, por lo cual hablé, nosotros también creemos, por lo cual también hablamos, <sup>14</sup> sabiendo que el que resucitó al Señor Jesús, a nosotros también nos resucitará con Jesús, y nos presentará juntamente con vosotros. <sup>15</sup> Porque todas estas cosas padecemos por amor a vosotros, para que abundando la gracia por medio de muchos, la acción de gracias sobreabunde para gloria de Dios".*

## **2 Corintios 4:7-15**

### **Las debilidades del predicador**

Pablo era consciente de sus propias debilidades físicas, y sus enemigos se encargaron de hacer hincapié de ellas, burlándose de su apariencia física (2 Co. 10:10). Estas cosas lo llevaron a resaltar el contraste entre la luz del evangelio de la gloria de Dios revelada en la faz de Cristo y la debilidad de los predicadores del evangelio, que no eran más que vasos de barro. Además, Pablo admite que tenía un “aguijón en la carne”, que Dios no se lo quitó, sino que le dio la gracia para soportar esa aflicción. Una lección que la gran mayoría de predicadores tienen que aprender a lo largo de su ministerio.

En cuanto a su predicación y discurso, el apóstol Pablo también era consciente de sus limitaciones y no ponía confianza alguna en su habilidad como orador (1 Co. 2:2-3). Los que se oponían a él se deleitaban en proclamar lo mismo, alegando que su discurso era débil y menospreciable.

Uno podría pensar que por lo menos en su vida espiritual, Pablo era un gigante; pero aun aquí, él no se confiaba en absoluto. Se describe como el mayor de los pecadores, y confiesa que tenía que golpear su cuerpo y tenerlo bajo servidumbre, no sea que habiendo predicado a otros él mismo quede descalificado por su propia carnalidad.

Los predicadores están expuestos a muchas críticas y son renuentes a defenderse a sí mismos. Un sentido de humildad les impide hacerlo, y por encima de todo, son muy sensibles de sus propias imperfecciones espirituales. Como consecuencia, sufren mucho cuando son criticados por sus enemigos y no están en condiciones de responder a esos ataques. Por otro lado, tienen que aprender a no ser muy sensibles a las críticas. Estas siempre vendrán, y el predicador debe asumir el reto de aprender a no contestar en la carne.

Dicha realidad nos hace pensar que Dios se ha arriesgado mucho al encomendar el tesoro de Su evangelio en las manos de



personas tan frágiles como los predicadores. Hay un enorme contraste entre la debilidad natural del instrumento humano escogido por Dios y el gran llamamiento a ser heraldo del mensaje de salvación. El vaso de barro es muy frágil, y fácilmente se raja y se quiebra. Hay muchos pasajes en la Biblia que presentan la discrepancia entre la grandeza de Dios y la fragilidad del ser humano, como vaso de barro (Job 10:8-12; Is. 30:12-15; Jer. 19:10-11; Ro. 9:20-23).

Obviamente hay diferencias entre cada ser humano; no todos son tan débiles como los demás. Por eso algunos destacan como líderes y son admirados por la sociedad. No obstante, la Iglesia busca en vano por predicadores perfectos. Ellos son seres humanos, y por lo tanto todos tendrán sus imperfecciones y debilidades propias de la raza humana caída. Sin embargo, recordemos que si Dios no fuera capaz de usar instrumentos imperfectos nunca habría música, arte o poesía en este mundo.

Algunos se consuelan buscando debilidades e imperfecciones en otros predicadores. Pero hacer eso es ser culpables de una tremenda insensatez espiritual. En primer lugar, porque fácilmente conlleva el orgullo; en segundo lugar, porque no nos animaría a mejorar nuestras imperfecciones; y, en tercer lugar, porque hacerlo es pasar por alto las debilidades de los grandes líderes en la Biblia. Abraham mintió acerca de su esposa; Moisés tenía un temperamento violento; David fue culpable de adulterio y homicidio; el profeta Elías huyó de Jezabel y le pidió a Dios que le quitara la vida; Isaías, cuando vio la gloria de Dios, confesó que era “un hombre de labios inmundos”; el apóstol Pedro negó al Señor tres veces, con blasfemias; el apóstol Juan fue llamado por el Señor, “Boanerges” – ‘hijo de trueno’. ¡Todos somos frágiles! No somos más que vasos de barro. Sin embargo, se nos ha encomendado el glorioso mensaje de la salvación en Cristo.

## **La grandeza del poder de Dios**

Cada predicador es un blanco del ataque de Satanás. A veces nos olvidamos de eso, y no consideramos que los predicadores también están expuestos a luchas y tentaciones. Es fácil caer en

las garras del orgullo, el materialismo o la lujuria, especialmente cuando personas imprudentemente colocan tentaciones delante de los siervos de Dios. Con razón, el apóstol Pablo le exhortó a Timoteo diciendo: *"Mas tú, oh hombre de Dios, huye de estas cosas"* (1 Ti. 6:11). El hecho de que Dios puede hacer tanto por medio de hombres frágiles como nosotros es evidencia de la grandeza de Su poder. En realidad, según Pablo, ese es exactamente el propósito de Dios. Por eso afirma a los corintios: *"Pero tenemos este tesoro en vasos de barro, para que la excelencia del poder sea de Dios, y no de nosotros"* (2 Co. 4:7). Por eso también le permitió al apóstol el aguijón en la carne, como él mismo confiesa: *"para que repose sobre mí el poder de Cristo"* (2 Co. 12:9). El poder de Dios no tiene límites; por lo tanto, no hay límites tampoco para el trabajo que un predicador puede lograr, aunque él no sea nada más que una vasija de barro.

Las personas a veces se maravillan de lo que un predicador es capaz de hacer. Aunque no sea elocuente o físicamente atractivo, Dios lo usa poderosamente para Su gloria. A eso apuntaba Pablo en su ministerio. Era consciente de sus propias debilidades, especialmente en la cultura griega que valoraba la belleza física y la oratoria elocuente. Por eso declaró que no puso su confianza en lo que él podía hacer, sino sobre lo que Dios podía hacer por medio de él. Por consiguiente, lo único que procuraba hacer era predicar con la demostración del poder de Dios (1 Co. 2:1-5; 1 Ts. 1:5). ¡Y qué bien lo hizo!

Pablo era consciente de que *"el crecimiento"* lo da Dios (1 Co. 3:7). Los predicadores no son iguales; hay diferencias entre ellos. Todo lo que un predicador es o hace es un don de Dios. Pero es importante que ese regalo no sea motivo de orgullo o vanagloria, sino de gratitud y humildad delante de Dios. Como declara Pablo, hablando en general a los corintios, pero en el contexto de referirse a su ministerio y al de Apolos: *"Porque ¿quién te distingue? ¿o qué tienes que no hayas recibido? Y si lo recibiste, ¿por qué te glorías como si no lo hubieses recibido?"* (1 Co. 4:7). Entre los predicadores se cumple lo que Pablo dice de la salvación en general. No somos muchos sabios, poderosos o nobles. Pero Dios ha elegido a lo débil del mundo para avergonzar a los

fuertes. Su propósito es claro: *"a fin de que nadie se jacte en Su presencia"* (1 Co. 1:29), sino que todos nos gloriemos en Cristo.

Imaginemos a un jovencito empezando el ministerio. Está lleno de temor, timidez y nervios; pero, a la vez, es serio y entusiasta, queriendo servir al Señor. Veámosle años después, un instrumento útil en las manos de Dios para la conversión de muchas personas. Ahí está el poder de Dios glorificándose en medio de la debilidad humana.

Eso no significa que el predicador debe tener una personalidad débil. Más bien, necesita tener carácter, firmeza, determinación y tenacidad. Debe ser un verdadero hombre; un ejemplo de masculinidad. Pero esa fortaleza y vigor no siempre se verá a primera vista o superficialmente. Se verá cuando uno llega a conocer a la persona y lo ve en el ministerio a lo largo de los años.

Cuando Cristo escogió a los apóstoles, no los buscó en las escuelas rabínicas, donde predominaba la rigidez y la frialdad espiritual – los pensamientos de los hombres por encima de la Palabra de Dios. Es igual hoy en día; las personas que serán verdaderamente útil para Dios no se hallarán en esos seminarios donde predomina los pensamientos humanos a costa de la pasión por Dios y por la manifestación del poder del Espíritu Santo. Él busca predicadores por los caminos y senderos de la vida; a aquellos vasos de barro que solo ambicionan la manifestación del poder de Dios y Su gloria en este mundo. Aquellos que se creen gran cosa no le son útiles.

## **La mano que guía y sostiene**

La clave para el éxito en el ministerio cristiano es la comunión íntima con Dios. Por eso es imprescindible para el predicador mantener su relación con el Señor Jesús como algo vivo, fresco y dinámico. Esto se hace difícil a veces, en la medida que pasan los años. Las presiones de la vida y el ministerio afectan nuestra relación con el Señor. La mente se nubla; el 'polvo' se acumula sobre nuestros corazones. El sol a veces deja de brillar sobre nosotros y nos enfriamos espiritualmente. Sentimos que Dios se

aleja de nosotros, y nos quedamos con nuestras debilidades y las críticas de los que nos rodean. Nuestra flaqueza humana no nos ayuda. En esa etapa de la vida necesitamos sentir el poder de Dios moviéndose en nosotros, generado vigor espiritual.

Por eso, Pablo cambia repentinamente la figura, de una vasija de barro (v. 7) a la experiencia de un soldado (v. 8), que aprende a soportar luchas y dificultades. El apóstol escribe: *"estamos atribulados en todo, mas no angustiados; en apuros, mas no desesperados"*. En medio de tantas dificultades, Pablo logró continuar con su ministerio, gracias a la perseverancia y disciplina, reconociendo siempre que dependía de la gracia de Dios (ver 2 Co. 12:10).

La experiencia de Pablo es la de muchos siervos de Dios el día de hoy. Nos damos cuenta de que se acaban nuestros recursos humanos; y en ese momento, comenzamos a experimentar el poder de Dios en nuestras debilidades. Somos perseguidos, pero no abandonados; derribados, pero no destruidos (v. 9). Como buenos soldados espirituales, a veces los dardos del enemigo nos alcanzan; no obstante, seguimos adelante, en medio del dolor, peleando la buena batalla. Cuántas veces Pablo fue apedreado y dejado por muerto. Pero se levantaba, sanaba sus heridas y seguía adelante, predicando el evangelio por todo el Imperio Romano. Aun en medio de los peores momentos de sus vidas, el poder de Dios se manifiesta en Sus siervos, y se les concede la gracia para seguir adelante sin desmayar. Este es el poder que sostiene a los heraldos de Cristo.

## **La lección del sufrimiento**

No nos equivoquemos; Pablo no solo se *resignó* a sufrir. Muchos inconversos han hecho eso. El poder de Dios se manifestó en la vida de Pablo en tal manera que pudo *regocijarse* en las tribulaciones por el evangelio. Entendió que en alguna manera estaba completando los sufrimientos de Cristo por la Iglesia (Col. 1:24; ver 1 Co. 15:31; Ro. 8:36). Por medio de sus sufrimientos, Pablo llevaba consigo, en su cuerpo, la muerte de Jesús (2 Co. 4:10a). Pero no se quejaba en absoluto; para el

apóstol, esta era una parte normal del discipulado, la de llevar la cruz de Cristo. Como él mismo afirmó: *"Porque nosotros que vivimos, siempre estamos entregados a muerte por causa de Jesús..."* (2 Co. 4:11). Los sufrimientos en la obra iban matando a Pablo, poco a poco, y él sabía que un día moriría. Pero había puesto su mano en el arado y no volvería atrás.

Sin embargo, sus sufrimientos no carecían de significado. El propósito de sus angustias y dolor era manifestar la vida de Jesús en su cuerpo mortal (2 Co. 4:10b). Cristo dijo que si una persona perdía su vida por Su causa la hallaría (Mt. 10:39). El Señor no solo murió para salvarnos; Su muerte también establece un modelo de vida. En la medida en que estamos dispuestos a sufrir por Él, el Espíritu Santo se encarga de llenarnos del poder y la vitalidad de la vida de Jesús. Pablo lo experimentaba en el ministerio, y sus oyentes recibían el beneficio de sus sufrimientos por medio del evangelio de salvación. De esa manera, la muerte obraba en Pablo, pero la vida espiritual se manifestaba en sus oyentes. Por eso, para el apóstol Pablo, cada momento de sufrimiento en el ministerio no era algo fortuito, sino una cita determinada por Dios el Padre, para que la vida de Cristo sea presentada a los pecadores. En 1 Corintios 4:8, Pablo habla con cierta ironía, pero no sucede así en 2 Corintios 4:12. Cada pastor debe pasar por "el valle de la sombra de muerte". Solo así podrá consolar a los que sufren y sanar a los quebrantados de corazón. El Mesías fue un "varón de dolores y experimentado en quebranto". Lo mismo fue cierto de Pablo. No solo tenía un gran intelecto, sino también un gran corazón. *"¿Quién enferma, y yo no enfermo? ¿A quién se le hace tropezar, y yo no me indigno?"* (2 Co. 11:29).

## **El poder de la convicción**

En 2 Corintios 4:13, Pablo habla de su gran convicción espiritual: *"Pero teniendo el mismo espíritu de fe, conforme a lo que está escrito: 'Creí, por lo cual hablé', nosotros también creemos, por la cual también hablamos"*. El apóstol aplica a si mismo las palabras del Salmo 116:10. El predicador debe ser una

persona fuerte en su fe. Es por medio de la fe que el poder de Cristo fluye en su vida y ministerio. Sin la confianza en Dios no hay convicción espiritual. El predicador que no confía en Cristo, para su ministerio, no hablará en forma positiva del evangelio. Si en su corazón no arde una pasión por Cristo, es mejor que no trate de parlotear sobre la belleza del evangelio.

El que no confía plenamente en Cristo no debe hablar; la gente no será edificada por sus dudas. No fueron las dudas de Tomás que lo prepararon para el ministerio, sino la fe que triunfó sobre sus dudas. El siervo de Dios debe proclamar el evangelio con tremenda convicción; una convicción que proviene de la resurrección de Cristo. Cada predicador debe creer firmemente en el poder de Dios que redime al pecador. La sabiduría es útil, sí; pero el predicador necesita más que eso – necesita pasión. Lo único que enciende la leña es el ardor de un fuego. Pablo ardía con la pasión espiritual que Jesús engendró en él. Por eso dijo: “Ay de mi si no predico” (1 Co. 9:16). Una persona que tiene profunda convicción no andará buscando algo interesante que decir los domingos; más bien, estará buscando desesperadamente una oportunidad para proclamar el mensaje que arde en su interior.

## **Agradecimiento**

En el último versículo de este pasaje, el apóstol Pablo escribe: *“Porque todas estas cosas padecemos por amor a vosotros, para que abundando la gracia por medio de muchos, la acción de gracias sobreabunde para gloria de Dios”* (2 Co. 4:15). En el versículo anterior, Pablo hace referencia al día en que Dios lo resucitará juntamente con los convertidos, y los *“presentará”* delante de la corte celestial. Será un momento de gran regocijo. Pablo estará sumamente agradecido a Dios por lo que Él ha hecho por medio de su vida y ministerio, y los convertidos estarán sumamente agradecidos por lo que Dios hizo a su favor por medio del apóstol.

Esto nos enseña que a pesar de todas las limitaciones y debilidades de los predicadores abundará la acción de gracias

delante del trono de Dios. Imaginémonos si no hubiera predicadores. ¡Sería terrible! Habría muy poca acción de gracias en el cielo. Por lo tanto, en vez de quejarnos por las evidentes debilidades de los predicadores, demos gracias a Dios que Él los haya llamado, sostenido y usado como instrumentos para Su gloria. Nuestra acción de gracias debe ser efusiva y apasionada; no tibia y desganada.

El predicador debe tomar “un baño de sol” en la luz de la gloria de Dios en la faz de Jesucristo. Luego, en la medida que refleja esa gloria en el mundo que le rodea, otros se acercarán a conocer a Cristo.

## **EL PESO DE GLORIA**

*“<sup>16</sup> Por tanto, no desmayamos; antes aunque este nuestro hombre exterior se va desgastando, el interior no obstante se renueva de día en día. <sup>17</sup> Porque esta leve tribulación momentánea produce en nosotros un cada vez más excelente y eterno peso de gloria; <sup>18</sup> no mirando nosotros las cosas que se ven, sino las que no se ven; pues las cosas que se ven son temporales, pero las que no se ven son eternas.*

*<sup>5</sup> Porque sabemos que si nuestra morada terrestre, este tabernáculo, se deshiciere, tenemos de Dios un edificio, una casa no hecha de manos, eterna, en los cielos. <sup>2</sup> Y por esto también gemimos, deseando ser revestidos de aquella nuestra*

*habitación celestial; <sup>3</sup> pues así seremos hallados vestidos, y no desnudos. <sup>4</sup> Porque asimismo los que estamos en este tabernáculo gemimos con angustia; porque no quisiéramos ser desnudados, sino revestidos, para que lo mortal sea absorbido por la vida. <sup>5</sup> Mas el que nos hizo para esto mismo es Dios, quien nos ha dado las arras del Espíritu. <sup>6</sup> Así que vivimos confiados siempre, y sabiendo que entre tanto que estamos en el cuerpo, estamos ausentes del Señor <sup>7</sup> (porque por fe andamos, no por vista); <sup>8</sup> pero confiamos, y más quisiéramos estar ausentes del cuerpo, y presentes al Señor”.*

## **2 Corintios 4:16 – 5:8**

El apóstol comienza esta sección repitiendo lo que dijo en el v. 1, *“Por tanto, no desmayamos”* (v. 16). Él contempla todas las luchas y dificultades que enfrentaba en el ministerio y no encontró razón alguna por desesperarse. Es cierto que estuvo desanimado antes de la llegada de Tito (2 Co. 7:5-7), pero ese no era su estado de ánimo normal. En medio de las luchas tuvo un nuevo encuentro con el Señor y vio más de Su gloria. Esta experiencia lo renovó espiritualmente. Revaluó el ministerio cristiano, comparándolo con el pacto antiguo. Contempló sus propias debilidades. Estuvo cerca de la muerte, pero no se desmayó, y una vez más considera su vida a la luz de la eternidad. Se pone a examinar su propio corazón, sopesando lo que realmente vale en la vida de un siervo de Dios y nos hace saber sus conclusiones.

### **El crecimiento del ‘hombre interior’ (v. 16)**

Pablo reconoce: *“aunque este nuestro hombre exterior se va desgastando, el interior no obstante se renueva de día en día”* (v. 16). Al enfrentar la muerte, no hay ni una sombra de rebeldía en el corazón de Pablo. Una de las cosas más hermosas en este



mundo es contemplar a un pastor veterano con un corazón juvenil, que aprendió a envejecer con dignidad y es una bendición a los que lo rodean. Con el pasar de los años, un pastor se vuelve más profundo en sabiduría y fuerte en poder espiritual. Una persona comienza a decaer espiritual e intelectualmente cuando deja de estudiar, trabajar, ejercitarse y crecer. El pastor debe ser sabio en el uso de su fuerza física, pero no debe cuidarse tanto que deja de ser útil para el mundo en que vivimos. Es mejor gastarse en el ministerio que oxidarse, aunque tampoco debemos acelerar el proceso de desgaste indebidamente.

Pablo no trato de negar el efecto que el ministerio tenía sobre su cuerpo. Literalmente, lo estaba matando. Envejeció antes de tiempo. La vasija de barro se estaba desmoronando. El hecho de estar expuesto a tanto sufrimiento y persecución dejó huellas en el cuerpo de Pablo. Tarde que temprano ese proceso lo iba a matar. Su "*hombre exterior*" – es decir, aquella vasija de barro que contenía su alma y espíritu se estaba deteriorando. A pesar de esto, una gloriosa esperanza sostenía el corazón de Pablo (vv. 11-14), y así su "*hombre interior*" se renovaba día a día.

Al poner su mirada en Dios y tener su confianza en Él, Pablo, en su "*hombre interior*", se rejuvenecía como el águila. Cada mañana, el maná del cielo renovaba sus fuerzas. Día tras día, las misericordias de Dios alentaban su espíritu y lo preparaban para el trabajo y las cargas de esa jornada. Todos los ministros del evangelio que viven de esta manera en comunión íntima con Dios nunca envejecerán. Se 'reirán' de las enfermedades, persecuciones, debilitamiento y hasta de la muerte. Tendrán una fuente de vida en su interior que vencerá cualquier obstáculo y les concederá la victoria emocional y espiritual. La experiencia de Pablo lo confirma. Cuando enfrentaba el desafío de predicar el evangelio en Corinto, el Señor se manifestó al apóstol y le dijo "*No temas... porque Yo estoy contigo...*" (Hch. 18:9-10). Luego, en medio de la tormenta en alta mar, el ángel de Dios lo acompañó y alentó (Hch. 27:23). Finalmente, cuando tuvo que enfrentar a solas el juicio delante del emperador de Roma, el apóstol Pablo declara: "*Pero el Señor estuvo a mi lado*" (2 Ti. 4:17). Por eso pudo decir con absoluta veracidad: "*Todo lo puedo en Cristo que me fortalece*" (Fil. 4:13).

## **El fruto de la tribulación (v. 17)**

Gracias a la renovación del “hombre interior”, Pablo puede exclamar: *“Porque esta leve tribulación momentánea produce en nosotros un cada vez más excelente y eterno peso de gloria”* (v. 17). Con estas palabras, el apóstol trasciende las controversias con los judaizantes, que es el contexto de esta carta, y alza vuelo hacia el cielo. Desde la perspectiva de una cima coronada de gloria, él contempla su ministerio terrenal y hace un balance de los sufrimientos que experimentó en la obra, comparándola con la gloria venidera. Como una persona absorta con la visión celestial, escribe con un pulso acelerado. Interpreta su vida y ministerio a la luz de la cruz de Cristo, Su resurrección y ascensión.

Cada palabra aquí es importante. Según Pablo, hay un contraste entre los sufrimientos en el ministerio y la gloria que se va produciendo en él. En Romanos 8:17-18, Pablo confiesa que la gloria venidera supera cualquier sufrimiento terrenal. Aquí en 2 Corintios 4, el apóstol no minimiza sus sufrimientos, sino exalta la gloria que se va produciendo para su beneficio. ¡Qué importa el trabajo, el cansancio, el dolor y los sufrimientos, ahora que el fin se acerca! Cuán importante es nuestra perspectiva. Pablo habla, contemplando la vida terrenal desde la mirada del cielo. Si volteamos el telescopio, el efecto es impresionante. Lo lejano se vuelve cercano, y cambia toda nuestra perspectiva. Por lo tanto, si tenemos alguna dificultad para captar los valores verdaderos de la vida, pidamos a Dios que nos ayude a contemplar nuestros sufrimientos en la obra con los ojos del apóstol Pablo.

El segundo contraste que debemos notar es entre *“esta leve tribulación”* y el *“eterno peso de gloria”*. Pablo parece tener los sufrimientos en una mano y la gloria en la otra. Es interesante notar que la palabra en griego para *“tribulación”* habla de algo pesado que causa dolor. Sin embargo, paradójicamente, él afirma que dicho peso de sufrimiento es en realidad algo *“leve”*. De igual modo, mientras que la palabra *“gloria”* nos hace pensar en las nubes que flotan por el aire, Pablo habla del *“peso”* de gloria. Esto nos hace recordar que las cosas no siempre son lo que parecen.

El Señor dijo que Su carga era liviana (Mt. 11:30), y la "*gloria*" de la que Pablo hace referencia aquí da a entender algo de enorme peso. Debemos observar que el término en griego que Pablo emplea es la misma que en Mateo 20:12 se aplica a la "*carga*" de un día de ardua labor en el campo.

El tercer contraste tiene que ver con el tiempo. La tribulación es "*momentánea*", pero la gloria es "*eterna*". Desde la perspectiva de la eternidad, los sufrimientos actuales son muy cortos. Es más, dichos sufrimientos pertenecen al 'tiempo actual', mientras que la gloria venidera pertenece a una eternidad sin fin. Por supuesto, Pablo no quiere dar a entender que el ministerio no tiene nada de gloria en el tiempo presente. Dios nos brinda muchas recompensas en esta vida, si nos dedicamos a Su servicio. Pero Pablo alude a que la mente del siervo de Dios está puesta en la eternidad. Un pastor verdadero no ingresa al ministerio por el sueldo que recibirá, o la fama y el poder que el ministerio le concede. Pablo dio las espaldas a todo eso cuando se rindió al Señor en el camino a Damasco, y no se queja en absoluto ahora.

Los hombres de negocios y los líderes políticos reciben toda su recompensa ahora en la forma de dinero. El siervo de Dios recibe la mayor parte de su pago en la gloria venidera. Esto es lo que marca la diferencia entre un hombre material y un hombre espiritual. Por supuesto, Pablo no niega que los siervos de Dios merecen una remuneración; y una iglesia que es mezquina con el siervo de Dios que los alimenta espiritualmente, debe sentir una gran vergüenza. Pero ningún monto de dinero recompensaría a Pablo por todo lo que había sacrificado y sufrido al responder al llamado de Dios. Lo hizo por Cristo, y Él no se olvidaría de Su siervo.

Según Pablo, la tribulación tiene como fruto ("*produce*") el peso de gloria en nosotros. Es como el grano de trigo; es la muerte que produce la nueva planta que lleva fruto. En el ministerio, tenemos este fruto de gloria siempre y cuando soportamos las tribulaciones en el espíritu de la cruz de Cristo. Lamentablemente, hay casos en que los sufrimientos en el ministerio llevan a algunos a desanimarse, a tirar la toalla, o a entregarse a los vicios y a la sensualidad.

Aunque Pablo escribe desde la perspectiva de la cima de gloria, ni él ha visto la totalidad de dicha gloria. Sabemos eso por la frase: *“un cada vez más excelente y eterno peso de gloria”*. En otras palabras, el fruto de gloria va en aumento. Pablo sabía que el *“peso de gloria”*, que sería su fruto del sufrimiento, faltaba incrementar todavía. Como él mismo escribe, el ojo humano no ha visto, ni ha entrado en el corazón de las personas, todo lo que Dios tiene guardado para Sus siervos.

### **Viendo lo invisible (v. 18)**

En el v. 18, Pablo nos presenta la perspectiva que debemos tener como creyentes: *“no mirando nosotros las cosas que se ven, sino las que no se ven; pues las cosas que se ven son temporales, pero las que no se ven son eternas”*. El apóstol mira hacia un futuro lejano, contemplando lo que Dios tiene para él como fruto de su fe. Esta mirada es la que sostiene a los siervos de Dios. El autor de Hebreos lo menciona con relación a Moisés: *“escogiendo antes ser maltratado con el pueblo de Dios, que gozar de los deleites temporales del pecado, teniendo por mayores riquezas el vituperio de Cristo que los tesoros de los egipcios; porque tenía puesta la mirada en el galardón. Por la fe dejó a Egipto, no temiendo la ira del rey; porque se sostuvo como viendo al Invisible”* (Heb. 11:25-27). En las arenas de Egipto, Moisés escogió ser parte de un pueblo pobre y esclavizado. Lo hizo, no por algún beneficio temporal, sino porque *“tenía puesta la mirada en el galardón”*; y el galardón era el *“Invisible”*. Pablo, al igual que Moisés, estaba dispuesto a sacrificarse hasta el punto de morir, gastando de lo suyo y hasta su propia vida, para el bien del pueblo de Dios (2 Cor. 12:15).

Una parte importante del ministerio cristiano es llamar a las personas a ver la vida tal como es. A quitarse la telaraña de su vista, generada por las múltiples ocupaciones de la vida diaria, para tener una perspectiva clara de la vida. Lo que está en juego no es solo la recompensa eterna, sino la gran verdad de que muchas de las cosas importantes son invisibles. El alma es invisible; nuestra responsabilidad es invisible; el deber es

invisible; el amor también lo es. Las mejores cosas son invisibles, y de eso se trata la vida espiritual. Como afirma el apóstol Pablo: *"Por lo demás, hermanos, todo lo que es verdadero, todo lo honesto, todo lo justo, todo lo puro, todo lo amable, todo lo que es de buen nombre; si hay virtud alguna, si algo digno de alabanza, en esto pensad"* (Fil. 4:8). Nuestra mirada debe estar siempre puesta sobre estas cosas invisibles.

Hay que reconocer que no es fácil hacerlo. Por eso el pastor tiene una gran responsabilidad de modelar esta clase de vida, que exige poner a un lado las cosas materiales. Estas cosas, por ser altamente visibles, tienden a captar nuestra atención. El predicador debe dejar notar en su propia vida este énfasis sobre las cosas espirituales e invisibles, como un ejemplo para los que le escuchan. Si él tiene su mente puesta en cosas materiales, ¿cómo puede esperar que la gente preste atención al evangelio, cuyo mensaje es altamente espiritual, tratándose de cosas invisibles?

La visión profética es fundamental en estos tiempos, para que los predicadores capten y retengan la atención de sus oyentes. El 'vidente' es una persona que cuenta lo que ha visto. Las cosas que se ven son temporales; las que no se ven, son eternas. Por eso, en un mundo altamente científico y tecnológico, debemos proclamar otra vez: *"En el principio, Dios"*. Tenemos que empezar con Él. El universo en que vivimos es una expresión de Su voluntad, y esa voluntad está en la categoría de lo "invisible".

Que quede claro. No es que estas cosas no se puedan ver, sino que para verlas se necesita tener ojos espirituales; es decir, esa clase de vista que logra ver lo invisible. Al redactar esta carta, Pablo estaba contemplando al Invisible – a Dios y a Cristo. Pierde de vista todo lo demás, porque contempla a Jesús, el autor y consumidor de la fe.

Hoy en día, la desconfianza acerca de lo sobrenatural y un énfasis exagerado sobre lo material, ha distorsionado la vista de muchos cristianos. Por eso, no logran ver con claridad lo invisible. Lo que nos hace falta es tener una visión de los cielos abiertos, y entender que no lograremos recrear un Edén, si no tenemos una visión del Edén. Toda reforma social debe estar vinculada a una visión espiritual. De no ser así, no durará mucho tiempo. Mientras

todas las demás voces están hablando de lo temporal, el predicador está justificado al hablar de lo eterno. Cada ser humano debe pensar acerca de su vida terrenal a la luz de la eternidad.

## **El tabernáculo terrestre (2 Co. 5:1-7)**

*"Porque sabemos que si nuestra morada terrestre, este tabernáculo, se deshiciere, tenemos de Dios un edificio, una casa no hecha de manos, eterna, en los cielos"* (v. 1). Con estas palabras, Pablo confronta la muerte como el desenlace de su sufrimientos. Por supuesto, el Señor podría volver antes que él muera. Este era su gran anhelo, y gime profundamente, deseando ser "revestido" (vv. 2, 4) con aquella *"habitación celestial"* que será suya cuando Cristo venga por segunda vez. Al parecer, lo que Pablo tiene en mente es la posibilidad de que no iba a morir antes de la Segunda venida, porque en el v. 4 afirma: *"no quisiéramos ser desnudados, sino revestidos"*.

En el v. 1, Pablo confronta la muerte como el posible desenlace de sus sufrimientos. Por supuesto, el Señor podría volver antes que él muera. Este era su gran anhelo, y gime profundamente, deseando ser "revestido" (vv. 2, 4) con aquella *"habitación celestial"* que será suya cuando Cristo venga por segunda vez. Al parecer, lo que Pablo tiene en mente es la posibilidad de que no fuera a morir antes de la Segunda venida, porque en el v. 4 afirma: *"no quisiéramos ser desnudados, sino revestidos"*.

Es importante notar el verbo que Pablo usa: **'ependuomai'**. El verbo simple para 'vestirse' es **'enduomai'**. Tenemos este verbo en el v. 3 (*"vestidos"*). El verbo compuesto – **'epi'** más **'enduomai'** tiene el sentido de 'poner un vestido sobre'. La RV 1960 traduce, *"revestirse"*<sup>4</sup> (vv. 2, 4), que da a entender que Pablo está pensando que podría no morir, sino que al volver Cristo antes de su muerte, el apóstol y los demás creyentes no experimentarían el *"ser desnudados"* sino de frente *"revestidos"*.

---

<sup>4</sup> Otras versiones de la Reina Valera traducen "sobrevestidos" (RV Antigua y RV 2015)..

Es decir, el Señor traería el cuerpo celestial de Pablo, por decirlo así, y se lo colocaría encima de su cuerpo mortal, sin tener que pasar por la muerte física (*"ser desnudados"*, v. 4). En otras palabras, su deseo no es perder su cuerpo mortal, sino recibir el cuerpo espiritual.

La siguiente frase en el v. 4 parece confirmar esta interpretación. Pablo escribe: *"para que lo mortal sea absorbido por la vida"*. El verbo traducido *"absorbido"* significa 'tragar' (Mt. 23:24; Ap. 12:16). El contexto indica que lo *"mortal"* es el cuerpo que Pablo tenía (ver 2 Co. 4:11). Pablo está deseoso no que ese cuerpo muera, sino que sea tragado vivo por *"la vida"*; es decir, por la contraparte a lo *"mortal"*, que es el cuerpo celestial.

Pablo no está seguro si estará vivo cuando Cristo vuelva. De lo que está completamente convencido es que tiene garantizado su cuerpo celestial; un cuerpo infinitamente superior al que tenía en ese momento y que estaba sujeto al desgaste (2 Co. 4:16). Por eso en el v. 1 hace un contraste entre su cuerpo mortal, que lo compara con una carpa (*"tabernáculo"*), y el cuerpo celestial, que lo llama un *"edificio"*. La palabra en griego para *"morada"* es *'oikia'* que señala una casa sencilla, donde vive una familia nuclear, mientras que la palabra para *"edificio"* es *'oikodome'*, que significa un edificio mucho más grande (ver Mr. 13:1-2; Ef. 2:21).

Durante los años en el desierto, el pueblo de Israel tenía el tabernáculo donde Dios se manifestaba. Ese tabernáculo se podía armar y desarmar, y estaba sujeto a las inclemencias del tiempo. Al entrar en la Tierra Prometida, el tabernáculo dio lugar al templo, un edificio grande y más sólido. Lo interesante es que el tabernáculo era una figura del cielo, la morada de Dios (Heb. 8:5; 9:23). La carpa estaba en la tierra y pertenecía a este mundo; la morada permanente estaba en el cielo y pertenecía al mundo venidero. Pablo toma estas ideas y las relaciona con la realidad de su propio cuerpo como morada del Espíritu Santo. El cuerpo mortal es como el tabernáculo terrenal, mientras que el cuerpo eterno sería como el templo celestial.

Por eso el creyente puede enfrentar la muerte con tranquilidad. Siempre será ganancia. Dejará lo terrenal para ser vestido de lo celestial. Por eso Pablo habla con confianza: *"Porque **sabemos***

que si nuestra morada terrestre... se deshiciere, **tenemos** de Dios un edificio..." (v. 1). Quizá se acordaba, mientras escribía, de lo que Dios le inspiró a redactar en 1 Corintios 15:42-49.

*"Así también es la resurrección de los muertos. Se siembra en corrupción, resucitará en incorrupción. Se siembra en deshonra, resucitará en gloria; se siembra en debilidad, resucitará en poder. Se siembra cuerpo animal, resucitará cuerpo espiritual. Hay cuerpo animal, y hay cuerpo espiritual. Así también está escrito: Fue hecho el primer hombre Adán alma viviente; el postrer Adán, espíritu vivificante. Mas lo espiritual no es primero, sino lo animal; luego lo espiritual. El primer hombre es de la tierra, terrenal; el segundo hombre, que es el Señor, es del cielo. Cual el terrenal, tales también los terrenales; y cual el celestial, tales también los celestiales. Y así como hemos traído la imagen del terrenal, traeremos también la imagen del celestial".*

Pablo no menospreciaba este maravilloso cuerpo que tenemos ahora, que él llama una 'carpa', pero entendía que es solo la morada temporal del Espíritu de Dios en nosotros. Lo mejor está por venir – un cuerpo celestial. Este mismo cuerpo, sí, pero mil veces más maravilloso del que tenemos ahora.

### **Estar en casa con el Señor (vv. 6-8)**

Al escribir a los corintios, Pablo afirma una gran verdad: *"sabiendo que entre tanto que estamos en el cuerpo, estamos ausentes del Señor"* (v. 6). Pero, al hacerlo, deja notar cierta nostalgia, porque da a entender que extrañaba al Señor y su hogar celestial. El verbo que el apóstol usa en la frase *"estamos en el cuerpo"*, no es el verbo simple para 'estar', sino la palabra



**'endemeo'**, que significa 'estar entre nuestro pueblo' o 'estar en casa'. El antónimo es **'exdemeo'**, que significa 'estar fuera de casa'. Este es el verbo que Pablo usa en la siguiente frase: *"ausentes del Señor"*. Por eso la Biblia de Jubileo traduce, "estamos en casa en el cuerpo". La Nueva Traducción Viviente traduce todo el versículo de la siguiente manera: "Así que siempre vivimos en plena confianza, aunque sabemos que mientras vivamos en este cuerpo no estamos en el hogar celestial con el Señor".

Durante su vida terrenal, el apóstol Pablo tenía momentos de gran gozo al contemplar la gloria del Señor (2 Co. 3:18). A pesar de eso, no podía evitar sentirse un peregrino; no estaba 'en casa' con el Señor. Sabía que le esperaba por delante una experiencia sublime, cuando por fin llegaría a 'estar en casa' con el Señor, donde vería Su gloria perfecta. Esa esperanza sostenía a Pablo en medio de la luchas que experimentaba en el ministerio.

Más que eso, la esperanza de un día llegar 'a casa' y estar con el Señor le daba al apóstol gran coraje y valentía, a pesar de la oposición dentro y fuera de las iglesias. Ese es el sentido de las palabras *"confiados"* (v. 6) y *"confiamos"* (v. 8). Son traducciones de la misma palabra, **'tharreo'**, que significa 'ser valiente'. En 2 Corintios 10:1-2, la palabra se traduce *"osado"* y *"osadía"*, y en Hebreos 13:6, *"podemos decir confiadamente"*. Los sufrimientos de Pablo debilitaban su "hombre exterior" (2 Co. 4:16), pero su "hombre interior" no solo se renovaba, sino que se fortalecía. Lejos de acobardarse, como algunos lo hacen cuando hay dificultades en la obra, Pablo sentía esa valentía espiritual surgiendo desde su "hombre interior", gracias a la esperanza de un día llegar a casa y estar con el Señor. Podía enfrentar su propia muerte no solo con ecuanimidad, sino con valentía. Aunque no había escuchado de las moradas celestiales (Juan 14:1-3) de los labios de Cristo, lo que Él enseñó a los apóstoles en ese momento, llenaba su mente y corazón.

Finalmente, debemos recalcar que la esperanza de estar con el Señor, lejos de generar en Pablo una pasividad carnal, lo motivó a trabajar con mayor ahínco. Por eso, a partir de 2 Corintios 5:11, Pablo habla de su ministerio apostólico, diciendo: *"Conociendo pues el temor del Señor, persuadimos a los hombres..."*.

## **LA PASIÓN DEL PREDICADOR**

*<sup>9</sup> Por tanto procuramos también, o ausentes o presentes, serle agradables. <sup>10</sup> Porque es necesario que todos nosotros comparezcamos ante el tribunal de Cristo, para que cada uno reciba según lo que*

*haya hecho mientras estaba en el cuerpo, sea bueno o sea malo.*

*<sup>11</sup> Conociendo, pues, el temor del Señor, persuadimos a los hombres; pero a Dios le es manifiesto lo que somos; y espero que también lo sea a vuestras conciencias. <sup>12</sup> No nos recomendamos, pues, otra vez a vosotros, sino os damos ocasión de gloriaros por nosotros, para que tengáis con qué responder a los que se glorían en las apariencias y no en el corazón. <sup>13</sup> Porque si estamos locos, es para Dios; y si somos cuerdos, es para vosotros. <sup>14</sup> Porque el amor de Cristo nos constriñe, pensando esto: que si uno murió por todos, luego todos murieron; <sup>15</sup> y por todos murió, para que los que viven, ya no vivan para sí, sino para aquel que murió y resucitó por ellos.*

*<sup>16</sup> De manera que nosotros de aquí en adelante a nadie conocemos según la carne; y aun si a Cristo conocimos según la carne, ya no lo conocemos así. <sup>17</sup> De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas. <sup>18</sup> Y todo esto proviene de Dios, quien nos reconcilió consigo mismo por Cristo, y nos dio el ministerio de la reconciliación; <sup>19</sup> que Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo, no tomándoles en cuenta a los hombres sus pecados, y nos encargó a nosotros la palabra de la reconciliación. <sup>20</sup> Así que, somos embajadores en nombre de Cristo, como si Dios rogase por medio de nosotros; os rogamos en nombre de Cristo: Reconciliaos con Dios. <sup>21</sup> Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él".*

## **2 Corintios 5:9-21**

## La ambición de Pablo (v. 9)

En el v.9, el apóstol plasma lo que le apasionaba – agradar a Cristo. “*Por tanto procuramos también, o ausentes o presentes, serle agradable*”. En el idioma griego, la palabra para “*procuramos*” es ‘**filotimeomai**’, que significa ‘desear el honor’. Toda persona que anhela ser en alguna manera honrada o recompensada sabe que necesita trabajar arduamente. Por eso, el verbo llegó a tener el sentido de ‘esforzarse’ (Ro. 15:20; 1 Ts. 4:11, “*procuréis*”).

Para Pablo, su mayor honor o recompensa era agradar al Señor. Por eso se esforzaba tanto en el ministerio, queriendo agradar a Cristo. Esa era su motivación principal en la obra. Hoy en día, los pastores suelen tener muchas ambiciones; pero la ambición de agradar al Señor debe destacar en su corazón. Pablo era como un gran compositor, cuyo anhelo no es tanto recibir los aplausos de la audiencia, sino de aquel músico que lo formó; su maestro. A Pablo no le interesaba mucho cómo otros lo juzgaban. Sabía que un día sería juzgado por el Señor (1 Co. 4:3-5).

Los pastores que procuran agradar a los hombres, y cuya ambición es ser popular y reconocido en esta vida, lograrán muy poco de eterno valor. Peor aún si su mayor anhelo es quitarle el puesto a otro pastor. Cristo no bendecirá el ministerio de una persona que piensa mayormente en sí misma. Tenemos que vivir para el Señor; para agradarle a Él, como Él siempre ambicionó agradar a Su Padre.

Hay pocos pastores que no tienen deseos esporádicos de agradar a Cristo, especialmente en la juventud. Lo difícil es retener ese anhelo toda la vida, y tenerla como nuestro mayor deseo. Al pasar los años, es fácil volvernos un poco ociosos. No dedicamos el mismo tiempo a preparar el mensaje de la Palabra de Dios; descuidamos algunas visitas pastorales; no predicamos el evangelio con la pasión que lo hacíamos antes. Por eso, tenemos que volver la mirada a Cristo y reflexionar sobre la manera incansable en que Él trabajaba, recordando que un día nos encontraremos con el Señor personalmente y Él evaluará nuestra obra. Qué satisfacción, en ese día, escuchar al Señor

decir: "Bienvenido, buen y fiel siervo. En lo poco has sido fiel; entra en el gozo y la recompensa del Señor".

## **El tribunal de Cristo** (v. 10)

Pablo afirma que todos los creyentes tenemos que comparecer ante el tribunal del Señor. Esto incluye a los líderes espirituales. La palabra para "*tribunal*" significa una silla elevada, que permitía a todas la personas presentes ver al juez. Es un cuadro impresionante.

El propósito de este juicio es "*para que cada uno reciba según lo que haya hecho mientras estaba en el cuerpo*". El juicio divino no será arbitrario. Se aplicará el principio de la siembra y la cosecha. En ese momento, cada uno recibirá según lo que haya sembrado en su vida.

La palabra clave en este versículo es "*comparezcamos*". En el idioma original, Pablo usó la palabra '**faneroo**', que tiene el sentido de 'manifestar'. En la voz pasiva, que es la forma gramatical que el apóstol usa, el verbo significa 'ser manifestado'. En el día de juicio final, delante del trono de Dios, todo lo que somos y hemos hecho será manifestado en la presencia de Cristo, como un libro abierto. En 1 Corintios 3:13-15, Pablo declara que "*la obra de cada uno se hará manifiesta [**faneroo**], porque el día la declarará*". Qué triste será la experiencia de aquellos maestros de la Palabra cuya obra será consumida por el fuego del juicio de Dios, y aunque serán salvos, será "*así como por fuego*". No habrá recompensas para aquellos que predicadores que construyeron con "*madrea, heno, hojarasca*".

Pablo tomaba el juicio de Dios tan en serio que 'golpeaba' su cuerpo y lo ponía bajo servidumbre, por temor a que habiendo sido heraldo para otros él mismo llegara a ser eliminado (1 Co. 9:27). Su alma era demasiado preciosa para arriesgarse con el pecado. Como dijo el gran John Owen, nadie predica bien si no ha predicado primero a su propia alma.

Por supuesto, el propósito de este desafío no es desanimar a las personas de entrar al ministerio cristiano, sino de hacerlo con las intenciones correctas. Por encima de todo, es menester

entender que el Señor que llama al ministerio es el Logos divino; y como afirma el autor de la carta a los Hebreos, *"no hay cosa creada que no sea manifiesta en su presencia; antes bien, todas las cosas están desnudas y abiertas a los ojos de Aquel a quien tenemos que dar cuenta"* (Heb. 4:13). En el púlpito podemos engañar a nuestros oyentes, pero jamás a Dios. Él será nuestro oidor más atento, y al mismo tiempo, el más exigente.

## **Persuadimos a los hombres** (v. 11).

Aunque Pablo escribió *"persuadimos a los hombres"*, seguramente quiso decir: 'procuramos persuadir a los hombres'. No siempre lograba hacerlo; por ejemplo, en Atenas tuvo poco éxito con los filósofos. Sin embargo, lo que queda claro es la motivación de Pablo – *"Conociendo, pues, el temor del Señor"*. A la luz del tribunal de Cristo, el apóstol era consciente de su responsabilidad de predicar el evangelio.

La palabra en griego para *"temor"* es '**fobos**'. Esta palabra no significa 'reverencia' sino 'gran temor' o 'terror'. Un análisis del uso de esta palabra en los documentos del Nuevo Testamento lo confirma (Mt. 14:26; 28:4; Lc. 2:9; Hch. 5:5, 11). En este caso, el terror del Señor produjo celo y compromiso en Pablo para anunciar el mensaje de salvación. No se limitaba a anunciar el evangelio; procuraba persuadir a sus oyentes. Era imperativo que se reconcilien con Dios antes de morir y ser manifestados delante del tribunal de Cristo.

Por eso es necesario recalcar que el púlpito no es un lugar apropiado para exhibirse como predicador, dejando notar sus habilidades y conocimientos. El propósito que todo predicador debe tener en mente es ser lo más útil posible para los oyentes. Está allí para cumplir el ministerio que Dios le ha dado, que es procurar la salvación y edificación espiritual de todos los que le escuchan.

El gran desafío para cada predicador es cómo hacer que su ministerio y su vida sean lo más eficaz posible para ganar personas para Cristo. Si hemos de persuadir a los pecadores, no es suficiente conocer la Biblia, tenemos que conocer bien a los

oyentes. Debe haber una empatía con ellos; de no ser así, será difícil persuadirles a entregar sus vidas a Cristo. Persuadir es más que proclamar. Claro, hay que proclamar el evangelio; pero hay que hacerlo, persuadiendo a las personas. Rogando que se reconcilien con Dios.

### ***"si estamos locos"*** (vv. 12-13)

Los familiares y amigos de Jesús a veces consideraban que estaba loco (Mr. 3:21). A Juan el Bautista lo acusaron de estar endemoniado, por su ascetismo y abnegación personal (Mt. 11:18). Los líderes religiosos argumentaron que el poder que el Señor tenía para expulsar demonios era satánico (Mt. 12:24). Otros afirmaron que era un *"samaritano"* y que tenía *"demonio"* (Jn. 8:48). A Pablo lo acusaron de ser inestable en sus decisiones (2 Co. 1:17). Quizá pensaron que las visiones que tuvo apuntaban a una personalidad desequilibrada.

Ahora, al escribir a los corintios, concede, en forma irónica, lo que sus enemigos pensaban: *"si estamos locos..."* (v. 13); posteriormente les pide que le perdonen *"un poco de locura"* (2 Co. 11:1). Indudablemente, la manera tan apasionada en que Pablo hablaba lo exponía al cargo de demencia (Hch. 26:24).

Pero, para Pablo no era locura, sino celo por la causa de Dios y del evangelio. *"Porque si estamos locos, es para Dios; y si somos cuerdos, es para vosotros. Porque el amor de Cristo nos constriñe..."* (vv. 13-14). Como alguien observó: "Para las personas del mundo, un hombre apasionado por Dios parece estar loco". A Pablo le daba igual lo que pensaban de él. Servía a Dios, y prefería estar apasionado al hacerlo, que ofrecer un servicio tibio; o peor todavía, un ministerio frígido, por someterse al formalismo religioso que apela al mundo.

No importa como el predicador vive y se desenvuelve en la obra, alguien hallará algo de qué quejarse de él. Si es muy sociable, lo llaman carnal; si es muy sobrio, lo llaman aburrido. Si compra dos camisas nuevas, lo llaman materialista; si no compra ropa por un tiempo, lo tildan de anticuado. La verdad es que la

gente se burla de los predicadores simplemente porque son figuras públicas.

Lo que llama la atención a los que escuchan, no son las palabras en sí del predicador, sino el fuego espiritual que fluye de su alma. El hombre común y corriente sabe muy poco del fuego espiritual, menos de dónde viene. Sin embargo, eso es lo que transformará su vida para siempre. Por eso, el predicador tiene que cultivar el fuego en su corazón; y para lograrlo tendrá que vivir una vida diferente de los demás. Eso lo expone a las críticas. No obstante, como Pablo, debe estar dispuesto a ser juzgado indebidamente por las personas, con el fin de servir a Dios y a su prójimo. "Sentir sobre nuestras almas el soplo candente de un corazón apasionado por Dios y beber en nuestro interior siquiera un sorbo de la vida de alguien que ama a Dios profundamente es tener una experiencia inolvidable. En realidad, es un privilegio que no viene muy a menudo, y por lo tanto debe ser valorado por encima del oro y los rubíes".

### **Dominado por el amor de Cristo** (vv. 14-15)

Pensaban mal de Pablo, pero él era un hombre subyugado por el amor de Cristo. Luego de contemplar ese amor expresado en Su muerte en la cruz, a favor de los pecadores, Pablo no fue igual. Dicha visión lo cautivó para siempre. Aquellos que experimentaron la salvación por medio de la muerte de Cristo ya no son dueños de sus vidas. Tienen que vivir para Cristo. Así concebía Pablo su relación con el Señor. Era Su esclavo, comprado por la sangre de Cristo. El amor del Señor lo tenía cautivo toda su vida.

En la expresión: "*el amor de Cristo nos constriñe*" Pablo usa un verbo dramático. Es la palabra que se usa para enfermedades que se apoderan de los cuerpos de sus víctimas (Mt. 4:24, "los tomados de diversas enfermedades", Biblia de Jubileo). También se usa para una gran fiebre que se apoderó del cuerpo de la suegra de Pedro (Lc. 4:38), como también del temor que se apoderó de la gente de Gadara, luego de ver el impacto de la liberación del endemoniado gadareno (Lc. 8:38).



Pablo sentía que el amor de Cristo lo tenía firmemente bajo su poder y no lo soltaba. En cierta manera, Pablo no tuvo elección al respecto. El amor de Cristo lo tenía sujetado como en un torno de banco. Para el apóstol, el amor de Cristo no era un imperativo que devenía de un deber. Más bien, era un imán, que atraía el corazón de Pablo al ministerio apostólico; y lo hizo con tal fuerza, que no era capaz de resistirlo. Es como el amor de una madre hacia su hijo enfermizo. Ese amor la constriñe. En un sentido, ella es una esclava. Si tiene el corazón de una madre no puede evitarlo.

El amor de Cristo generaba una presión interna en el corazón de Pablo que lo impulsaba a servir a Dios. Era como una caldera. Generaba el vapor que empujaba la locomotora y jalaba los vagones del ministerio apostólico. De esta manera, Pablo nos hace ver el móvil de su corazón y la clave de su ministerio abnegado.

Escuchemos la lógica de Pablo, cómo su mente razonaba: *"si uno murió por todos, luego todos murieron; y por todos murió, para que los que viven, ya no vivan para sí, sino para aquel que murió y resucitó por ellos"* (vv. 14-15). Primero, lo aplicó a sí mismo. Una vez que entendió lo que Cristo hizo por él, Pablo ya no podía vivir para sí mismo; tenía que entregar su vida a aquel que murió y resucitó por él. Luego, lo aplicó a los pecadores. Ellos tampoco debían vivir para sí mismos, sino para Cristo. Por eso, era urgente que Pablo fuera a predicar a todo el mundo, para que cada ser humano responda en amor a Cristo y dedique su vida a aquel que murió y resucitó por ellos.

Felizmente, el Señor le acompañaba dondequiera que iba, y Su amor lo incentivaba a entregarse de lleno al ministerio de predicar el evangelio, plantar iglesias, formar nuevos discípulos, escribir cartas a las iglesias, y orar por los hermanos. No había nada meramente mecánico o profesional del ministerio de Pablo. Era literalmente su pasión; y lo que mantenía esta pasión al rojo vivo era el amor de Cristo.

Hubo un tiempo en que Pablo conocía a Jesús *"según la carne"* (v. 16), como los demás fariseos; y ese conocimiento de Jesús generaba un odio en el corazón de Pablo. Ahora que conoce a Cristo en el Espíritu, este conocimiento generó en Pablo una

nueva perspectiva del mundo y de su propia existencia. Tenía una nueva motivación y pasión. Descubrió el verdadero secreto de la vida – Cristo.

### **Una nueva visión de la humanidad (vv. 16-17)**

Desde que Pablo conoció al Señor, se convirtió en una nueva persona (2 Co. 5:17). Parte de esa conversión fue una visión nueva de la humanidad: *“De manera que nosotros de aquí en adelante a nadie conocemos según la carne”* (v. 16). Los prejuicios y el odio que antes tenía se acabaron. Ahora amaba a todos, sin importar su raza o formación. Para Pablo como evangelista ya no había judío y griego, circuncisión e incircuncisión, esclavo y libre. El muro de separación entre judíos y gentiles se vino abajo por la cruz de Cristo. Por eso, Pablo ahora se sentía deudor tanto a los judíos como a los griegos. Parte de la gloria del ministerio del apóstol era que Dios lo había llamado a declarar las inescrutables riquezas de Cristo a los gentiles.

Es importante reconocer que esto marcó una ruptura radical con el mundo antiguo. Los judíos y los samaritanos se odiaban. Los griegos menospreciaban a los bárbaros. Los romanos despreciaban a los que conquistaban. Había una brecha social absoluta entre esclavos y libres. El concepto de que cada persona tiene valor por el simple hecho de ser humano era algo totalmente desconocido en el primer siglo. Cristo afirmó el valor de cada persona, y así puso las bases para una verdadera democracia. Como alguien ha dicho; “La democracia nació en Belén”. Perpetua y Felicitas, aunque eran ama y esclava, murieron como mártires cristianas, tomadas de la mano. En la India, solo la fe cristiana puede acabar con el sistema de las castas.

Hay que reconocer que en los países cristianos nos falta aprender bien esta gran verdad. No obstante, Pablo la aprendió. Luego de conocer a Cristo, era una persona nueva. Sus pensamientos y criterios fueron radicalmente alterados. Él podía contemplar a los seres humanos a través de los ojos de Cristo, porque Cristo lo miró a Él con ojos compasivos. Pablo tenía un corazón nuevo, que amaba a las personas, gracias al impacto de

Cristo sobre su mente y corazón. La pasión por las almas que mueve el corazón del misionero tiene su raíz en el amor de Cristo. La cruz de Cristo revela el verdadero valor de cada ser humano. La muerte de Cristo marcó una época nueva en la historia de la humanidad. Partiendo de esa muerte, surgiría una sociedad nueva, con otra filosofía, literatura y código moral; y esa sociedad nueva se extendería a lo largo y ancho de continentes que Pablo ni sabía que existían.

Cristo es el que forja esta nueva sociedad; esta nueva hermandad humana. En Cristo, todas las razas y culturas se unen, y los seres humanos son hechos nuevas criaturas. Dondequiera que el evangelio se extiende, hombres y mujeres, jóvenes y señoritas experimentan una transformación radical. Sus rostros y sus vidas evidencian el gran cambio que Cristo hace en aquellas personas que tienen un encuentro personal con Él.

El poder de Cristo es tan real hoy en día como lo fue cuando transformó a Pablo hace dos mil años. En vez de sentirnos aplastados por nuestra insignificancia delante de Él, nos sentimos exaltados con la esperanza de que nosotros también podemos ser transformados a Su imagen y semejanza. Él es el modelo de lo que cada uno de nosotros debe ser.

## **El ministerio de la reconciliación (vv. 18-19)**

Ningún aspecto del ministerio de la Palabra es más glorioso y sublime que la reconciliación con Dios. Pablo lo expresa en dos frases: "... *nos dio el ministerio de la reconciliación... nos encargó a nosotros la palabra de la reconciliación*" (vv. 18-19). Los predicadores no son sacerdotes; no les toca a ellos propiciar a Dios. Sin embargo, hay que reconocer que existe un alejamiento entre Dios y los seres humanos. La Biblia presenta a Dios airado contra el pecado. La justicia de Dios exige que Él castigue el pecado. Hay algo en Dios y hay algo en nosotros que necesita ser arreglado para que pueda haber paz. La manera tan radical en que Dios trata con lo que hay en Él que lo aleja del pecador es lo que nos anima a creer en la profundidad de Su amor para con nosotros.

Dios encontró la manera de ser justo y a la vez el que justifica al pecador (Ro. 3:26). Pablo no trata de explicarlo en detalle. Se limita a decir que Dios estaba en Cristo reconciliando al mundo consigo mismo (v. 19). Por medio de la cruz, Dios se dirige a la humanidad, invitándonos a buscar el perdón y la paz que Él nos ofrece en Su Hijo. Es el amor de Dios que hace esto posible. Cristo es el mediador entre Dios y los seres humanos.

La tarea del predicador es proclamar el mensaje – la “*palabra*”, de la reconciliación (v. 19). Se dirige a los que no conocen el amor de Dios y el perdón que Él ofrece en Cristo; o a los que conociéndolo rehúsan hacer caso. Es una labor digna de los ángeles. El mismo Hijo de Dios fue el mejor predicador de este evangelio. Él explicó mejor que los demás el amor de Dios. Por medio de Su predicación, anunció lo que sería Su misión aquí en la Tierra. Por Su parte, el Espíritu Santo también se encarga de enseñarnos este mensaje de la reconciliación. Él ayuda a los predicadores a entender a profundidad este mensaje. Como predijo el Señor: “*Él Me glorificará; porque tomará de lo Mío, y os lo hará saber*” (Jn. 16:14). Ningún predicador es capaz de presentar el mensaje de la reconciliación sin la ayuda del Espíritu Santo. Los predicadores son los intérpretes de Cristo, ayudando a las personas a hacer las paces con Dios. No hay tarea terrenal más delicada y sublime que esta, cuyos resultados afectan la vida de las personas aquí en la Tierra y en eternidad. Un sermón tiene poco sentido si no contribuye a esta tarea. Toda la tarea pastoral apunta a esta experiencia radical. Es la obra principal de Dios, en Cristo. Todas las demás cosas son secundarias.

Lo maravilloso para Pablo es que Dios nos invita a participar de esta obra divina. El pastor debe dedicarse a esto más que a cualquier otra cosa. Por medio del ministerio, él pone su vida por los pecadores. El púlpito es su calvario, en el que el predicador da su vida por el mundo. El mensaje del pastor es el mismo de Cristo: “Reconcíliense con Dios” (v. 20).

## **Embajadores de Cristo (vv. 20-21)**

La palabra 'embajador' conlleva mucha dignidad. Pablo fue consciente de la magnitud de la comisión que recibió de parte de Dios. En resumidas palabras, los predicadores son portavoces de Dios. El predicador, como embajador, habla con autoridad, representando a Cristo aquí en la Tierra. Por eso, dirigiéndose a los rebeldes en la iglesia de Corinto, Pablo exclama: "*os rogamos en nombre de Cristo: Reconciliaos con Dios*" (v. 20). El hecho de que Dios envíe embajadores a rogar a los seres humanos a buscar el perdón de los pecados es una evidencia contundente de Su amor. Al mismo tiempo, señala nuestra perversidad, que hace dicha suplica necesaria.

Frente a la magnitud de este ministerio, Pablo sentía la necesidad de contar con las oraciones de los hermanos. Por eso pide a los creyentes en Éfeso que oren para que le "*sea dada palabra para dar a conocer con desnudo el misterio del evangelio, por el cual soy embajador en cadenas; que con desnudo hable de él como debo hablar*" (Ef. 6:19-20). A pesar de estar encadenado, seguía siendo el embajador de Cristo. Ningún embajador romano usaba su anillo de oficio con más orgullo que Pablo en sus cadenas.

El ministerio de cada predicador es la suma de la verdad divina expresada por medio de una personalidad humana. En cierta manera, la efectividad de un predicador está íntimamente relacionada con su personalidad. Los más destacados predicadores tuvieron una personalidad muy particular. Personas como Lutero, Calvino, Spurgeon y Edwards. Lamentablemente, nuestra personalidad humana sufre de alteraciones. Muchas veces, después de un tiempo de gran emoción y entusiasmo, viene un tiempo de depresión y desaliento. Movidos por nuestra popularidad, y enorgullecidos por nuestro éxito, fácilmente seríamos llevados como la paja por el viento, si no fuera por la disciplina divina que envía tormentas que sacuden nuestra frágil embarcación humana y nos humillan delante de Él.

Pablo no era valiente en el ministerio porque se consideraba mejor que otros, sino debido a la plenitud de la obra de Cristo. El Señor, a quien representaba, ofrece una salvación completa y perfecta. Aquel "*que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en*

Él" (v. 21). Aquí está el centro neurálgico de la obra expiatoria de Cristo. Pablo estaba convencido de esto; por eso tenía gran convicción y poder en el ministerio. El propósito de Dios es hacer que pecadores sean justos delante de Él. Para lograrlo, Dios genera una verdadera justicia en nuestras vidas. La humanidad redimida es una humanidad santificada.

A lo largo de su ministerio, Pablo nunca quitó sus ojos de Cristo. En todo su trabajo apostólico, tenía al Señor presente. Sabía que era un embajador de Cristo. También sabía que un día tendría que dar cuentas al Señor. Tendría que comparecer delante del gran tribunal de Cristo. Lo que Pablo más anhelaba era que en ese momento, su vida y ministerio sean agradables a Aquel que lo salvó y lo llamó a ser Su embajador oficial. En todo esto, el amor de Cristo lo sostenía firmemente, mientras desarrollaba el ministerio de la reconciliación.

## EN GLORIA Y DESHONRA

*"<sup>1</sup> Así, pues, nosotros, como colaboradores suyos, os exhortamos también a que no recibáis en vano la gracia de Dios. <sup>2</sup> Porque dice: En tiempo aceptable te he oído, y en día de salvación te he socorrido. He aquí ahora el tiempo aceptable; he aquí ahora el día de salvación. <sup>3</sup> No damos a nadie ninguna ocasión de tropiezo, para que nuestro ministerio no sea vituperado; <sup>4</sup> antes bien, nos recomendamos en todo como ministros de Dios, en mucha paciencia, en tribulaciones, en necesidades, en angustias; <sup>5</sup> en azotes, en cárceles, en tumultos, en trabajos, en desvelos, en ayunos; <sup>6</sup> en pureza, en ciencia, en longanimidad, en bondad, en el Espíritu Santo, en amor sincero, <sup>7</sup> en palabra de verdad, en poder de Dios, con armas de justicia a diestra y a siniestra; <sup>8</sup> por honra y por deshonra, por mala fama y por buena fama; como engañadores, pero veraces; <sup>9</sup> como desconocidos, pero bien conocidos; como moribundos, mas he aquí vivimos; como castigados, mas no muertos; <sup>10</sup> como entristecidos, mas siempre gozosos; como pobres, mas enriqueciendo a muchos; como no teniendo nada, mas poseyéndolo todo".*

### 2 Corintios 6:1-10

#### Trabajando juntamente con Él (v. 1a)

Pablo inicia esta sección presentándose como "colaboradores Suyos" (v. 1; ver 1 Co. 3:9). Dios es el que obra; Pablo es solo el

colaborador. No obstante, esta es la gloria del ministerio cristiano y la clave para el éxito. Tal como el científico examina las leyes de la naturaleza, juntamente con sus procesos y propósitos, con el fin de trabajar en coordinación con ella, así el predicador debe estudiar en detalle los planes de Dios y Su forma de obrar en Cristo. Estas cosas están reveladas en las Escrituras y confirmadas en los testimonios tanto de los creyentes como de los incrédulos. Si queremos trabajar con Dios, como Sus colaboradores, es imprescindible saber cómo Dios obra en el corazón de las personas.

Pablo es un embajador; pero también es un constructor, un maestro, un trabajador en el campo del Señor. El predicador debe ser un evangelista y maestro. La conversión de alguien no marca el final de la obra del predicador, sino tan solo su comienzo. Aunque Dios hace la obra de conversión; el que discipula y forma al creyente también debe trabajar. Dios anima el corazón de Sus siervos y los alegra con señales de fruto espiritual; pero al mismo tiempo ellos deben esforzarse personalmente, y no esperar que Dios haga toda la obra. La verdad es que el predicador trabaja con ánimo pronto porque sabe que Dios está trabajando con él. La Biblia no promete fruto espiritual para predicadores flojos y ociosos, o que están satisfechos con lo poco que hacen.

Parte del trabajo del predicador es adaptarse a toda clase de personas. Pablo es un buen ejemplo de alguien educado e inteligente que supo adaptarse a los oyentes, sin importar quienes eran. Sus cartas indican un gran intelecto; al mismo tiempo, era capaz de dar instrucciones sobre asuntos muy prácticos y cotidianos., como la recolecta de las ofrendas para los pobres y las relaciones sexuales en el matrimonio.

En su formación de personas como Timoteo y Tito, Pablo les exhortaba a que sean obreros que no tenían de qué avergonzarse, que trazaban bien la palabra de verdad. Invertir en la vida de un futuro siervo de Dios es de mayor valor que predicar ante miles de personas que no desean trabajar por el Señor. La eficacia de un siervo de Dios no siempre se mide por su popularidad con las masas, sino por su formación de otros obreros. Lo que para nosotros parece ser un ministerio exitoso no siempre lo es ante los ojos del Señor.



## **La exhortación apostólica (vv. 1b-2)**

Como embajador de Cristo, Pablo apela a sus lectores diciendo: "*os exhortamos también que no recibáis en vano la gracia de Dios*" (v. 1b). Esta es una de las tareas principales de los predicadores, como embajadores del Señor. Pablo se entregó alma y cuerpo a los corintios. Les compartió el verdadero evangelio de Cristo. Ahora tenía temor que su labor pudo haber sido en vano. A pesar de sus luchas y desaliento, Pablo no pudo quedar inactivo. Ellos recibieron la gracia de Dios, pero les exhorta y ruega que no la reciban en vano. El apóstol no se detiene para responder a la pregunta acerca de la posibilidad de anular la gracia de Dios. Simplemente anima a los creyentes a no experimentar con sus almas. Él no arriesgó su propia salvación, sino que puso su cuerpo "*en servidumbre*", no vaya a ser que habiendo sido heraldo para otros él mismo sea eliminado (1 Co. 9:27).

El tiempo es corto. Si Dios hace el esfuerzo por rogar a las personas a reconciliarse con Él, lo menos que debemos hacer es esforzarnos por aprovechar bien la gracia de Dios. No hay nada más perverso que endurecer nuestros corazones ante los ruegos y las súplicas de Dios. La mayor manifestación del pecado y lo que más provoca la ira de Dios, es dar las espaldas a la voz de Dios, prefiriendo las tinieblas más que la luz. Para muchas personas, la voz del predicador se vuelve aburrida y tediosa, a pesar de sus mejores esfuerzos por transmitir el evangelio de Dios. La mayoría están inmersos en las cosas de este mundo, y toman la voz del predicador como una interrupción molesta.

El predicador no sabe cómo la Palabra de Dios obrará en la vida de sus oyentes. Su responsabilidad es sembrar la Palabra en todo lugar, confiando que Dios dará el crecimiento según Su voluntad. Los predicadores deben evitar la tentación de poner su confianza en personas inteligentes, pensando que ellas entenderán y responderán al evangelio. En lugar de fijarse en las personas, debe asegurarse de que predique el evangelio con pasión y fervor. Uno de los factores más importantes es el

carácter del predicador. Una predicación débil no producirá fruto. Una exhortación tibia es inútil.

### **Dando a nadie ocasión de tropezar (v. 3)**

Pablo da a entender que algunos en Corinto buscarán cualquier pretexto para no prestar atención a la voz de Dios. Él sabe que ciertas personas usarán cualquier inconsistencia o debilidad en los predicadores para no prestar atención a lo que dicen. En Corinto hasta inventaban calumnias contra Pablo, acusándolo falsamente de ser un apóstol falso, de ser una persona irresponsable y desconfiable. A pesar de ello, Pablo no estaba dispuesto a cambiar su comportamiento. Más bien, estaba decidido a hacer todo lo posible para no ser pie de tropiezo para sus oyentes.

Esta es la responsabilidad de cada predicador. Debe evitar que algo en su vida o carácter sirva como pretexto para que sus oyentes no escuchen el evangelio de Dios. Satanás se encargará de que los oyentes encuentren excusas para no escuchar a Dios. No obstante, el predicador debe poner de su parte para que nada en su carácter sirva como razón por rechazar la voz de Dios. El Señor reconoció que es imposible que no haya tropiezos; pero pronuncia juicio sobre aquellos que causan a otros tropezar (Mt. 18:7).

Pablo menciona a personas como Himeneo y Alejandro que naufragaron en cuanto a la fe (1 Ti. 1:19-20). Siempre es triste recordar aquellos que luego de un buen ministerio, se apartaron de la fe y desviaron a muchos. No hay nada más triste que ver la luz de una gran predicador apagarse. Los periódicos se deleitan de hacer alarde de estos casos. Causa tristeza a todos aquellos que aman al Señor.

Pablo era consciente de que el honor de Cristo en este mundo dependía de su testimonio como predicador y embajador. Por eso determinó que en cuanto a él nada en su vida atentaría contra la gloria de Cristo. La palabra para "*vituperio*" significa 'mancha'. El apóstol puso de su parte para que nadie pueda hablar mal del Señor o del evangelio por alguna falta moral en él, como embajador. No hacía nada a escondidas o con terceras

intenciones, procurando sacar provecho para sí mismo. No podía evitar las calumnias de sus enemigos; pero sí podía asegurar que no tengan sustento en la realidad. El predicador no debe manchar su testimonio y afectar su reputación delante del mundo, porque su ministerio depende, en gran medida, sobre la reputación que tiene ante los ojos de la sociedad. Esto no significa que un pastor que cometió un error jamás puede ser útil para Dios otra vez. El caso del apóstol Pedro lo desmiente. No obstante, aquel pastor que afecta su testimonio tendrá que hacer un gran esfuerzo para recuperar otra vez su buena reputación, y siempre es más fácil destruir que construir. Dios puede usar nuestras faltas para su gloria, pero no debemos usar esto como un pretexto, dándole a Dios mayor trabajo por nuestras debilidades. ¡No debemos pecar para que la gracia de Dios abunde!

### **Recomendándonos como ministros de Dios (vv. 4-10)**

El v. 3 señala el aspecto 'negativo' del ministerio cristiano; pero no es suficiente ser negativo. A pesar de que sea bastante difícil nunca ser estorbo para otros, debemos también esforzarnos para hacer cosas positivas, que ayudarán a cumplir nuestra tarea como embajadores de Cristo. En resumidas palabras: nos "recomendamos" como los siervos de Dios deben recomendarse ante Dios y los hombres. La carta de recomendación del pastor es su propia vida. Eso es la que la congregación 'leerá' mucho más que su sermón. La vida del predicador es una carta abierta para los congregantes y para el mundo. Es en vano exhortar a las personas a hacer lo que uno mismo no hace. "La vida y el carácter del predicador 'truenan' tan fuerte que no le deja a la gente escuchar lo que él dice".

Pablo es muy consciente de esta gran verdad. Por eso, los vv. 4-10 forman una conclusión apropiada a esta parte de 2 Corintios en la que él exalta el ministerio cristiano. El apóstol contrasta el ministerio cristiano con la dispensación mosaica. Pablo tuvo el privilegio de contemplar el rostro de Cristo; examinó su propio corazón; sacó a la luz lo que había en el corazón de las personas. Él sabe muy bien que no ha cumplido el alto ideal del ministerio

cristiano. No reclama tal cosa para sí mismo. Pero tampoco estaba dispuesto a dejar su llamado para dedicarse a otra cosa. Pablo sufrió su cuota personal de sufrimiento y dolor en el ministerio; y aun así, estaba dispuesto a seguir enfrentando aflicciones y dificultades con un corazón que alaba a Dios.

En los versículos finales, el apóstol analiza y desglosa lo que servir a Dios implica. No expone una teoría idealizada del ministerio cristiano. Enfrenta con realismo lo que ser un embajador de Cristo exige en este mundo de pecado. Nadie le podía quitar las riquezas de la gracia de Dios que experimentó en la obra. Esta es parte de la herencia de cada siervo del Señor. Aquellos predicadores que han sido buenos soldados cristianos, con años de experiencia en la obra, han batallado la buena batalla con Cristo. Los ataques de los incrédulos yo no los sacuden. La ignorancia de los que se oponen al evangelio no los mueve; sus argumentos científicos y filosóficos no pueden anular la gran verdad divina que ellos atesoran en sus corazones. Los ministros del Señor que han luchado la buena batalla entienden muy bien la descripción que Pablo ofrece en estos versículos del ministerio cristiano.

Para captar bien lo que el apóstol escribe en estos versículos debemos notar la estructura retórica que usa. Pablo describe el ministerio cristiano usando tres preposiciones, que en español son traducidas: “*en*” (vv. 4b-7a), “*por*” (vv. 7b-8a) y “*como*” (v. 8b-10). Estos versículos son una ampliación de la expresión: “*en todo*” que inicia la sección de los vv. 4-10. Aquí Pablo trata el tema de las dificultades externas que enfrentaba en el ministerio y la gracia interna que lo sostenía (vv. 4b-7a). Luego explica cómo triunfaba sobre las circunstancias adversas (vv. 7b-8a). Finalmente, describe las paradojas en el ministerio de la predicación (vv. 8b-10).

a. Las dificultades en el ministerio y la gracia que sostiene (vv. 4b-7a)

Un comentarista resume esta sección diciendo que en ella Pablo describe las dificultades externas que enfrentaba en el

ministerio (vv. 4b-5) y la gracia interna que lo sostenía en la lucha (vv. 6-7a). Es el contraste entre el ambiente espiritual y físico en el que tuvo que trabajar y la manifestación del poder de Dios que lo sostenía en la obra.

El apóstol no da a entender que tuvo una experiencia exclusiva. Cada misionero que va a los campos blancos experimentará lo mismo. A través de las edades, los siervos de Dios darían un testimonio similar. Pablo tampoco está jactándose. Más bien, reconoce la bondad de Dios en medio de las luchas. Es gracias a Él que no desmayó en el ministerio. Por lo tanto, Pablo es un modelo para todo predicador, tal como es un ejemplo para todo pecador (1 Ti. 1:15-16).

Con el fin de examinar y extraer la riqueza espiritual de lo que Pablo dice aquí debemos analizar con cuidado cada palabra. Al detallar lo que está en juego en el ministerio cristiano, el apóstol abre las fuentes profundas de su experiencia ministerial, y de ellas brota la riqueza de dicha experiencia en palabras sueltas que encapsulan grandes verdades. Algunos en Corinto cuestionaron el ministerio de Pablo, y eso lo motivó a abrir su corazón como no lo hace en ningún otro lugar. No obstante, al hacerlo, habla de parte de todos los siervos de Dios que han sido fiel a su llamado.

La primera palabra que Pablo menciona es "*paciencia*" (v. 4b). Ya la usó en el v. 6 del primer capítulo, que la RV1960 traduce "*en el sufrir*", y la repetirá en 2 Corintios 12:12. Las aflicciones en el ministerio exigían paciencia, y al mismo tiempo la producían (Ro. 5:3). A primera vista, uno se sorprende de como Pablo destaca esta virtud, colocándola al inicio, en una carta en la que expresa libremente sus frustraciones frente a los enemigos en Corinto. Sin embargo, debemos reconocer que tener paciencia no significa adoptar una actitud de resignación pasiva y silenciosa. En el idioma original, el término '**jupomone**' significa la habilidad de permanecer bajo una gran presión. En cierto sentido, la paciencia es similar al concepto bíblico de mansedumbre. Es la habilidad de soportar mucha provocación sin reaccionar, controlando toda la energía latente, como en el caso de un caballo que ha sido domado y soporta con mucha paciencia las provocaciones del jinete o de los que le rodean.

Las palabras que siguen: “*tribulaciones*”, “*necesidades*” y “*angustias*” (v. 4b), son términos generales que describen una gama de experiencias difíciles que Pablo enfrentó como embajador de Cristo. Al mismo tiempo, cada una es diferente. Las “*tribulaciones*” son aquellas dificultades que amenazan con aplastar el espíritu del siervo de Dios. Las “*necesidades*” apuntan a la pérdida de la libertad, y el confinamiento que eso conlleva, juntamente con la falta de bienes y recursos que dicho confinamiento implica (ver Ro. 13:5; 1 Co. 7:26; etc.). La tercera palabra, “*angustias*”, señala cierta perplejidad; lo que uno siente en tiempos de enfermedad (2 Co. 1:6) o cuando sufre la pérdida de algunas amistades (2 Ti. 4:10). Agobiado con tantos problemas y dificultades, Pablo aprendió a tener “*paciencia*”.

Luego sigue una serie de palabras más específicas, que detallan ciertos aspectos de los sufrimientos generales de Pablo (v. 5). Primero el apóstol se refiere a los “*azotes*” que recibió frecuentemente a lo largo de su ministerio. En 2 Corintios 11:23, Pablo habla de “*azotes sin número*”. Esta era una experiencia bastante desagradable para un judío; especialmente para uno como Pablo que tenía un espíritu indomable. Cinco veces fue azotado por los judíos, conforme a la ley (ver Dt. 25:3), y tres veces con vara, por los gentiles (2 Co. 11:24-25).

Pablo también tuvo sus períodos en la cárcel; lo expresa aquí usando el plural: “*cárceles*”. Según él mismo lo afirma, tuvo más encarcelamientos que azotes (2 Co. 11:23). Para el tiempo en que redactó esta carta, el libro de los Hechos solo menciona un encarcelamiento. Esto confirma que los Hechos no es un relato completo del ministerio de Pablo.

Además de ser azotado y encarcelado, el apóstol también se vio envuelto en “*tumultos*”. Leemos de tumultos y motines en varias ciudades: Antioquía de Pisidia (Hch. 13:50), Iconio (Hch. 14:5), Listra (Hch. 14:19), Filipos (Hch. 16:22), Tesalónica (Hch. 17:5), Berea (Hch. 17:12), Corinto (Hch. 18:12), Éfeso (Hch. 19:29), y Jerusalén (Hch. 21:30).

En medio de todos estos sufrimientos, Pablo no se desanimó, sino que siguió predicando el evangelio y pastoreando las iglesias. Él resume este ministerio usando la palabra “*trabajos*”. Dichos “*trabajos*” eran abundantes (2 Co. 11:23) y conllevaban mucho

cansancio y fatiga (2 Co. 11:27). Cuando contaba con el apoyo económico de alguna iglesia, Pablo se dedicaba completamente al ministerio. Pero cuando no había este apoyo, confeccionaba y reparaba carpas durante el día, mientras predicaba el evangelio por la noche (Hch. 18:1-5). Con razón, como él mismo declara a los corintios, Pablo trabajaba más que los demás apóstoles (1 Co. 15:9-10), aunque añade que fue la gracia de Dios obrando en él. Tenemos un ejemplo del trabajo de Pablo en Éfeso, en Hechos 20:20-21, 34-35.

Con razón el apóstol Pablo añade la palabra “*desvelos*”, indicando que eran muchos (2 Co. 11:27). Siguió el modelo de Cristo, de pasar noches orando; aunque posiblemente también sufrió del insomnio que acompaña el exceso de trabajo.

Además de la falta de sueño, muchas veces a Pablo le faltaba alimentos. Los “*ayunos*” que él menciona no eran voluntarios, sino impuestos por las circunstancias. Sabemos eso por lo que leemos en 2 Corintios 11:27, donde el apóstol habla de “*hambre y sed, en muchos ayunos, en frío y en desnudez*”. En la primera carta a los Corintios, Pablo escribió: “*Hasta ahora padecemos hambre, tenemos sed, estamos desnudos, somos abofeteados, y no tenemos morada fija*” (1 Co. 4:11). Por supuesto, no fue nada justo que el apóstol de Jesucristo sufriera tanto en el ministerio. Parte del problema era que las iglesias no habían aprendido todavía la importancia de apoyar a los misioneros. Escribiendo a los filipenses, Pablo reconoce que eran pocas las iglesias que lo apoyaban en forma constante (Fil. 4:15).

A pesar de que han transcurrido los siglos, muchos pastores y misioneros todavía tienen que manejar bien su dinero para cubrir sus necesidades y no incurrir en deudas. Muchos hijos de pastores y misioneros sufren carencias en su vestimenta, educación y vivienda, por la falta de apoyo por parte de las iglesias.

No obstante, las dificultades económicas no llevaron a Pablo a abandonar su llamado. Él aprendió a contentarse cualquiera que sea su situación. Como él mismo testifica: “*Sé vivir humildemente, y sé tener abundancia; en todo y por todo estoy enseñado, así para estar saciado como para tener hambre, así para tener abundancia como para padecer necesidad*” (Fil. 4:12).

Solo la gracia de Dios es capaz de hacer que el predicador lleve su cabeza en alto aun cuando tiene un estomago hambriento; o que pueda tener una mirada de contentamiento, aun cuando su bolsillo esté vacío; o que pueda mantener un corazón alegre aun cuando no le hayan pagado su sueldo a tiempo; o que pueda seguir confiando en el Señor aun cuando los seres humanos hayan sido infieles.

Fue en esas circunstancias indeseadas que Pablo descubrió que la gracia de Dios era suficiente para él, como se lo había prometido. Tales adversidades resultaron un buen 'invernadero' para que las flores del Espíritu florezcan en la vida del apóstol (vv. 6-7a). ¡Las orquídeas más hermosas crecen sobre las rocas!

El término "*pureza*" no solo significa 'santidad', sino 'limpieza' en el sentido más amplio de la palabra. Incluye limpieza en los pensamientos y en las intenciones del corazón, incluyendo las motivaciones básicas de su vida y ministerio. Pablo vivía lo que enseñó a los filipenses: "*todo lo que es verdadero, todo lo honesto, todo lo justo, todo lo puro, todo lo amable, todo lo que es de buen nombre... en esto pensad*" (Fil. 4:8).

La "*ciencia*" incluye particularmente el conocimiento de las verdades teológicas. Pablo era un gran conocedor de las Escrituras y tenía la habilidad de reflexionar profundamente sobre las implicancias doctrinales de la Palabra de Dios. No obstante, lejos de jactarse de su conocimiento y habilidad mental, incluye dicha característica en esta lista de los frutos de la gracia de Dios en su vida, indicando que su conocimiento bíblico y teológico no se debía a su propio esfuerzo sino a la obra de Dios en él.

La palabra "*longanimidad*" tiene el sentido de 'lento para la ira'. Es uno de los atributos de Dios (Ro. 2:4; 9:22) y es una cualidad que misioneros como Pablo necesitaban cultivar, frente a la dureza del corazón de los incrédulos y su resistencia al evangelio. Hay que reconocer que Pablo no era así por naturaleza (Hch. 15:39; 23:2-3); pero la gracia de Dios obró en él, perfeccionando este fruto del Espíritu Santo, tan necesario en la obra, pero tan difícil de cultivar en una persona enérgica como Pablo.

La "*bondad*" es otra cualidad de Dios (Ro. 2:4; 11:22). El Espíritu Santo forjó este atributo en Pablo. Como fariseo, no le



hacía mucha falta manifestar una bondad genuina, pero sí como misionero cristiano y seguidor de Cristo. Por la gracia de Dios, el amor de Pablo no era algo fingido, sino sincero y puro (Ro. 12:9). Lo vemos expresado en una de sus primeras cartas (1 Ts. 2:7-11).

Pablo aprendió, por la gracia de Dios, a vivir "*en el Espíritu Santo*" (v. 6). Se dejaba guiar por Él, desde que partió de Antioquía en el primer viaje misionero. Toda la obra apostólica la efectuaba en el poder del Espíritu Santo, quien se complace en bendecir y usar a una persona que se dedica con tanto sacrificio a la obra, como lo hacía Pablo. En Filipos, en Tesalónica, en Corinto y en Éfeso, el apóstol fue testigo del poder del Espíritu Santo en su ministerio. Miles de personas estarán por la eternidad en la presencia de Dios, gracias al poder del Espíritu Santo en la obra apostólica de Pablo.

La expresión "*en palabra de verdad*" (v. 7) señala el ministerio de la predicación. Pablo declaraba la verdad de Dios. No diluyó ni adulteró el evangelio para acomodar el mensaje divino a los oyentes. Sería un gran despropósito hacerlo, porque la salvación eterna depende de la predicación de la verdad.

Finalmente, Pablo menciona el "*poder de Dios*". El verdadero evangelio es el poder de Dios; por eso, cada siervo de Dios enfrenta la imperiosa necesidad de predicar todo el evangelio. Si quitamos algún elemento, o pretendemos añadir algo extra al evangelio de Dios, lo que hacemos es echar a perder el poder latente en el mensaje de salvación. Como embajador de Dios, Pablo no podía hacer semejante cosa. Él amplía este pensamiento en 1 Corintios 2:1-5. El apóstol no estaba dispuesto a emplear "*palabras persuasivas de humana sabiduría*", precisamente porque deseaba que la fe de sus oyentes estuviera fundada sobre "*el poder de Dios*" (1 Co. 2:4-5).

Pablo sabía que la cruz de Cristo – el elemento central en la predicación del evangelio, era un pie de tropiezo y una locura para los judíos y gentiles (1 Co. 1:23). Sin embargo, también estaba convencido de que para los que Dios había llamado a la salvación, era el "*poder de Dios, y la sabiduría de Dios*" (1 Co. 1:24). Estas palabras no son simples afirmaciones teológicas; constituyen el gozo y la esperanza de Pablo como predicador.

b. La victoria sobre las circunstancias adversas (vv. 7b-8a)

La preposición cambia de "en" (griego, 'en') a "por" (griego, 'dia'), aunque en el v. 7b, la RV1960 traduce "*con armas de justicia*", debiendo ser "por armas de justicia", tal como lo tenemos en la BDLA. Este cambio de preposición indica un progreso en el pensamiento del apóstol. Pablo pasa de hablar de elementos que requieren simplemente una aceptación de las dificultades, a una actitud mucho más activa; la de conflicto y enfrentamiento. En otras palabras, mientras hay cosas que debemos aceptar como parte de la realidad del ministerio, hay otras que exigen una resistencia activa de nuestra parte.

Además, hay un espíritu más positivo aquí: la expectativa del triunfo, de una victoria sobre ciertos elementos que se oponen al ministerio de la predicación. La última frase de la primer sección nos prepara para esto, porque habla del "*poder de Dios*" (v. 7a).

En la primera carta a los Tesalonicenses, Pablo había usado la figura literaria de la armadura de un soldado romano: "*habiéndonos vestido con la coraza de la fe y de amor, y con la esperanza de salvación como yelmo*" (1 Ts. 5:8). Luego la usaría en mayor detalle, al escribir a los Efesios (Ef. 6:11-20). Pero aquí el apóstol solo hace una breve alusión a dicha armadura: "*con armas de justicia*". Se refiere a una armadura que sostiene en ambas manos: "*a diestra y a siniestra*" (v. 7b; ver 10:4).

La "*justicia*" a la que Pablo se refiere es, en primer lugar, la justicia de Dios que Él nos otorga por fe en Cristo. Al mismo tiempo es nuestra justicia, que es el fruto de la gracia de Dios en nosotros. De esta manera, el predicador está listo para defenderse y atacar. Vestido con la justicia de Cristo, puede vencer muchos ataques del maligno.

El predicador está rodeado de las huestes del mal, que gobiernan la vida de muchos de sus oyentes. Si se hace de la vista gorda del poder satánico que influye en las cantinas, las discotecas, los burdeles y los casinos, no logrará salvar a muchos del maligno. Si el atalaya se duerme sobre los muros de la ciudad, los ciudadanos estarán desprotegidos y expuestos a ser

conquistados. Si la iglesia no confronta la maldad que reina en la sociedad, será una entidad endeble e ineficaz. Si el predicador rehúsa luchar contra las huestes de maldad que reinan en su ciudad, entonces se estará haciendo de la vista gorda y apoyando tácitamente el reino de Satanás. Pero si las enfrenta, él mismo será atacado.

Por supuesto, hay pastores que les toca servir en lugares idílicos, donde hay poca maldad. Pero ellos son la excepción. De todos modos, hay una tendencia hoy en día de alejarse de las iglesias; por eso, los predicadores son llamados a salir a los caminos y a las carreteras para buscar a los extraviados. Los que antes asistían, ahora están en sus fiestas familiares, en sus estudios, de vacaciones, o practicando deportes. No es suficiente entristecerse por esta situación; el predicador debe salir a visitarlos.

El resultado de esta lucha espiritual y el esfuerzo necesario será una de dos cosas: "*honra*" o "*deshonra*" (v. 8a). Honra, cuando logra rescatar a las personas de Satanás; deshonra, cuando no logra hacerlo, y es expuesto a la burla y el rechazo de las personas. No obstante, el predicar está dispuesto a ser criticado, con tal que pueda luchar para rescatar a las almas. El predicador no puede darse el lujo de ser muy susceptible. Debe tener integridad ("*armas de justicia*") para seguir luchando contra todo lo que se opone al evangelio, tanto de los enemigos como de los aduladores.

Pablo experimentaba mucho de esto, pero a pesar de ello, seguía predicando y no se desanimaba. Hablaban mal de él, y el apóstol bendecía; era perseguido, y lo soportaba; lo difamaban, y él intercedía por ellos (1 Co. 4:12-13). La cruz que Pablo tuvo que cargar consistía mayormente de los ataques injustos que lanzaban contra él, tanto por parte de los judíos, como de los gentiles, y hasta de los creyentes. Por eso añade, "*por mala fama y por buena fama*" (v. 8a). Todo era parte de la lucha espiritual; de la batalla que tuvo que lidiar, como buen soldado de Cristo.

c. Paradojas en el ministerio de la predicación (v. 8b-10).

En esta tercera sección, vemos los antítesis. La manera en que la luz y la sombra se entreveran. En alguna manera, esto es cierto de todo predicador. Hasta el Señor estuvo expuesto a estas paradojas del ministerio cristiano.

Una de las grandes acusaciones lanzadas a personas como Pablo y Cristo era el de ser “*engañadores*” (v. 8b; ver Jn. 7:12; Mt. 27:63; 2 Jn. 7). En realidad, eran “*veraces*”. Transmitían la verdad de Dios. Pablo lo sabía, por eso se hacía de oídos sordos ante tales acusaciones. Sabía que era parte de la lucha espiritual. Aunque el predicador debe ser una persona con cultura y educación, el impacto de su ministerio dependerá de su integridad personal, no de su integridad intelectual. El predicador debe encarnar la verdad y la integridad. Eso es lo que concederá poder e impacto a su ministerio. Si la gente discierne que el predicador es íntegro, pueden soportar muchos defectos en él. Pero si no es íntegro, los mejores dones y habilidades que tuviera no lo ayudarán en absoluto.

Otra de las paradojas de los predicadores es que son “*desconocidos, pero bien conocidos*” (v. 9). Los enemigos de Pablo lo acusaban de ser un don nadie; de no tener las credenciales o los títulos correctos. Que no era conocido en las más altas esferas de la Iglesia. Que no tenía categoría eclesiástica. Según esta acusación, Pablo era culpable de no ser suficientemente famoso como para predicar el evangelio. La respuesta del apóstol era que en realidad era bien conocido por los verdaderos creyentes, y esta era la única fama a la que aspiraba.

Una tercera paradoja se encuentra en la frase: “*como moribundos, mas he aquí vivimos*” (v. 9b). Pablo estaba constantemente expuesto a la muerte. El milagro es que la muerte nunca le alcanzaba. Seguramente, muchos en Corinto se enteraron de su grave enfermedad, y algunos se habrán alegrado, pensando que pronto su enemigo, Pablo, ya no estaría con ellos. No obstante, el apóstol volvió milagrosamente de la muerte, y ahora estaba más vivo que nunca. No se trataba solo de evitar la muerte, sino de tener vigor en el alma. Es increíble cuan vigorosos son algunas personas que tienen un cuerpo débil. Pablo

probablemente hubiera vivido hasta la vejez si no fuera por la espada del emperador que acortó su vida.

La cuarta paradoja es: "*como castigados, mas no muertos*" (v. 9c). Los enemigos de Pablo consideraban que sus sufrimientos eran el resultado de la disciplina de Dios en su vida. Pablo sería el primero en reconocer que no era perfecto, y no se oponía a la disciplina de Dios, que obraría para su bien. No obstante, a pesar de la supuesta disciplina que experimentaba, era innegable que dicha disciplina de Dios hasta ahora no lo había llevado a la muerte.

En quinto lugar, Pablo habla de ser "*entristecidos, mas siempre gozosos*" (v. 10a). Los que no odiaban tanto a Pablo, fingían estar preocupados por sus luchas y dificultades, considerando que lo habrían entristecido mucho. La reacción del apóstol fue, que aun si estuviera entristecido, el gozo predominaba. La característica principal de Pablo, como predicador, no era la tristeza sino la alegría; no el pesimismo, sino el optimismo. Aprendió a no estar afanado por nada, sino en todo, a alegrarse en el Señor.

La paradoja que sigue es: "*como pobres, mas enriqueciendo a muchos*" (v. 10b). Los enemigos de Pablo se burlaban de él porque no cobraba por su ministerio (1 Cor. 9). No lo hacía, porque no quería ser acusado de aprovecharse de los inconversos o nuevos creyentes, pidiéndoles dinero. La iglesia en Jerusalén, lejos de ayudar a Pablo económicamente, parecía poner obstáculos en su camino – por lo menos, algunos integrantes de esa iglesia lo hacían. La congregación de Antioquía tampoco envió dinero; por lo menos, nunca leemos de una ofrenda para Pablo de esa iglesia. Con la excepción de algunas congregaciones, como la de Filipos, parece que la gran mayoría de los cristianos del primer siglo simplemente dejaron que el apóstol Pablo llevara a cabo su obra misionera a sus propias expensas. Por eso tuvo que esforzarse mucho, y raras veces tenía solvencia económica. Sin embargo, lejos de desanimarse y quedar como pastor de una congregación, Pablo siguió viajando, enriqueciendo espiritualmente la vida de muchísimas personas. Esta es la actitud que todo predicador debe tener. La de vivir para otros, no para sí mismo.

Finalmente, Pablo exclama: *"como no teniendo nada, mas poseyéndolo todo"* (v. 10c). El apóstol no tenía acciones o cuentas bancarias. Perdió la oportunidad de hacerse rico, pero ganó el mundo entero. Tenía en abundancia las cosas que realmente valen. Era riquísimo en aquellas cosas de valor que duran eternamente. Él contabiliza los tesoros que tiene, y en cuanto a él le concierne, suman más que todo el dinero de Corinto. Veinte años antes, cuando tuvo su encuentro con Cristo, Pablo tomó la decisión de poner a un lado las riquezas materiales, y hacerse pudiente en los bienes espirituales y morales. Seguía corriendo la carrera cristiana y tenía bastante aliento todavía. Vivía para Cristo, y eso le concedió una fortaleza eterna. Por eso afirmó: *"Todo lo puedo en Cristo que me fortalece"*.

Subió al monte y vio la gloria de Cristo. Ahora baja del monte con una alegría en su corazón y una alabanza en sus labios. No pondrá un velo sobre su ministerio, para tapar la gloria de Dios. Más bien, quiere que todos la vean claramente, a pesar de las paradojas que genera con la lógica humana. Por eso, al fin de su vida el apóstol pudo declarar: *"He peleado la buena batalla, he acabado la carrera, he guardado la fe. Por lo demás, me está guardada la corona de justicia, la cual me dará el señor, juez justo, en aquel día"* (2 Ti. 4:7-8). En Pablo se cumplirá la promesa de Dios: *"Los entendidos resplandecerán como el resplandor del firmamento; y los que enseñan la justicia a la multitud, como las estrellas perpetuamente"* (Dn. 12:3). ¡Qué sea lo mismo para nosotros!

